63
ajo 6
tra T

10860

Cortosa y Soler

3 Comedia

en tres actos y en prosa

Teatro de la Comedia=24 Diciembre, 1901.

· MADRID ·
Sociedad de autores españoles
Salón del Prado, 14, Hotel.
1902

a Emilio Mario (el hombre del portier)

Joaquín Abati

TORTOSA Y SOLER

Joaquín Abati—Federico Reparaz

TORTOSA Y SOLER

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

TEATRO DE LA COMEDIA.—24 de Diciembre de 1901

MADRID

R. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1902

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
NIEVES	Sra. Pino.
HORTENSIA	Rodríguez.
DOÑA CLARA	García.
RIGOBERTA	Srta. Catalá.
JUANA	Tejada.
FEDERICO TORTOSA	Sr. Morano.
LEOPOLDO MARIANEDA	Rubio.
LEONARDO	Mendiguchía.
EL COMANDANTE SANCHIDRIÁN	Gonzálvez.
SATURNINO	Mora.

La acción en Madrid.—Época actual

Por derecha é izquierda, las del actor

OBSERVACIONES

ACERCA DEL MODO DE VESTIR Y CARÁCTER DE LOS PERSONAJES

TRAJES

Nieves.—Á capricho de la actriz en los dos primeros actos, teniendo en cuenta que es invierno, y que se trata de una señora elegante y bien acomodada. En el acto 3.º un vestido propio de mañana, como quien acaba de dejar el lecho.

Hortensia.—Acto 1.º: Abrigo cubre-polvo de viaje y sombrero de íd. En los demás actos, vestido elegante, pudiendo variar ó no, á voluntad.

Doña Clara.—Traje oscuro ó negro liso ó con poco adorno. *Monocle* ó lentes.

Rigoberta.—Á su capricho. Elegante sin lujo.

Juana.—Propio de sirviente.

Tortosa.—Queda indicado en el curso de la obra.

Marianeda.—Acto 1.º: Traje oscuro de americana. En los otros dos, levita negra y sombrero de copa. Patillas rectas de cochero y bigote afeitado. Calva disimulada.

Leonardo.—Levita negra, larga y elegante. Pantalón claro. Botas de charol. Chaleco de terciopelo ó pana oscuro con dos filas de botones blancos. Cadena de dos ramas estrecha con pequeño dije en el centro colgada en los bolsillos más altos del chaleco. Una gran flor en el ojal de la levita. Corbata elegante de plastrón. Cuello muy alto de moda. Peinado á lo *Cleo de Merode,* con raya á un lado y una onda bastante pro-

606568

nunciada que cae sobre la frente, resultando el cabello alisado y la cabeza redonda. Nada de melenas.

Es de importancia que este personaje se ajuste exactamente al modelo descrito.

Comandante Sanchidrián.—Uniforme de caballería, propio de su graduación. Igual en los tres actos.

Saturnino.—De americana. Chaleco á rayas con botones dorados como los que usan los cocheros de casa grande. Delantal en el primer acto. Sin él en los otros dos.

CARACTERES

Nieves.—Ingenua. Aspecto inocente y extremada credulidad. Sencilla y bonachona en toda la obra. Representa unos 25 años.

Hortensia.—Todo lo contrario. Resuelta, enredadora y ladina. 30 años.

Doña Clara.—Varonil, impetuosa, habla siempre con imperio. 40 años.

Rigoberta.—Desenvuelta y decidida. 25 años.

Juana.—Indeterminado. 20 años.

Tortosa.—Atrevido, hábil, audaz, dueño sí mismo. 30 á 35 años y aun 40.

Marianeda.—Tímido, torpe, apocado, bobalicón. 50 años.

Leonardo.—Enfático, afectado, redicho, soñador. 30 años.

Sanchidrián.—Brusco, gruñón, francote. 40 á 50 años.

Saturnino.—Ordinario y remolón. 30 años.

ACTO PRIMERO

Sala elegante. En el centro del foro un gran mirador practicable de cristales, con persianas (ó stores) en todos sus huecos, las cuales estarán echadas al empezar la acción En la parte baja del mismo algunos tiestos. Uno de los costados de este mirador será movible, pudiendo el actor pasar al foro cuando se indique. Las puertas de cristales de la parte anterior del mirador que da á la escena estarán cubiertas con visillos muy tupidos y cerradas al empezar la acción. También tendrá maderas que se puedan cerrar cuando se indique. En el foro derecha un piano vestido, colocado con el teclado hacia la pared de modo que el que toque quede oculto para el público. En este lienzo de pared, cuadros ú otros adornos. En el foro izquierda, un mueble de fantasía, y hacia el rincón de la izquierda un calorífero encendido. Puertas en los cuatro términos laterales. Entre los dos de cada lado, una chimenea con espejo, reloj, candelabros, etc., y un entredós, con espejo y adornos de cualquier clase. La puerta del segundo término derecha es la de entrada, suponiéndose conducir al recibimiento. Un sofa. Un velador con butacas á derecha é izquierda. Delante del mismo un «pouf». Otro veladorcito con tapete y sobre él un juego de agua, compuesto de botella, bandeja y dos grandes copas. Sobre la chimenea un retrato de Federico. Colgaduras en los cinco huecos, araña, cuadros, alfombra. Sobre uno de los veladores un timbre y recado de escribir. Sillas fijas y volantes, etc. Donde no sea posible disponer el mirador bastará un balcón practicable con una gran persiana que cubra todo el frente. Es de día.

ESCENA PRIMERA

SATURNINO solo. En seguida FEDERICO. Al levantarse el telón, Saturnino, subido en un banquillo de madera, limpia el espejo de la derecha con un paño

SAT. (Cantando con música de «Campanero y Sacristán».)
«Salga usté,
salga usté ya mi tinienta.
No diré,
no diré yo para qué,
pues si la
pues si la vieja se entera,
etc., etc.»

FED. (Por la primera izquierda. Vestirá un batín de mañane, pantalón oscuro, botas de charol, cuello de camisa muy alto, todo elegante y distinguido.) Saturnino.

SAT. (Dando media vuelta en el banquillo y cuadrándose militarmente.) Mi coronel.

FED. ¿Pero todavía no has perdido la maldita costumbre de llamarme «mi coronel»?

SAT. Dispense usted, mi coronel.

FED. ¡Dale!...

SAT. El recuerdo del suegro del señor, el bravo coronel Vizcarrondo, á cuyas órdenes he limpiado tantísimas botas...

FED. El bravo coronel Vizcarrondo, hace años que entregó su sable á Dios. Su digna esposa, mi adorada madre política, es la única que en la familia representa el elemento armado. Los demás somos civiles... ¿has oído?... profundamente civiles.

SAT. Sí, señor. (Se dirige hacia el mirador.)

FED. ¿Qué vas á hacer?

SAT. Abrir el mirador, porque el calorífero apesta como de costumbre. (Abre las vidrieras y después una de las puertecillas del mirador.)

FED. (Incomodado.) ¿Qué es eso de apesta?

SAT. ¿No huele el señor?

FED. (Picado.) ¿Y qué?... Mi calorífero huele... á

calorífero. ¿Quieres que huela á patchoulí? Además, la culpa es del tiempo. Cuando está nublado...

SAT. ¿Nublado?... Si hace un sol...

FED. Bueno, bueno. Cierra y márchate. (Saturnino cierra.) ¡Ah!... si viene el cajero, le pasas á mi cuarto y me avisas. (Vase Saturnino por la segunda derecha, llevándose el banquillo.)

ESCENA II

FEDERICO solo. Después SATURNINO

FED. ¡Qué soldadote!... Le ponía en la calle de buena gana... Pero mi suegra le quiere muchísimo. ¡Y cuando se tiene la dicha de pescar una suegra como la mía!... ¡Una suegra que adora á su yerno! ¡Porque me adora! ¡Así que me ve, su cara se ilumina con una sonrisa tan dulce!... (Dirigiéndose al piano.) Aprovecharé el tiempo ya que estoy solo. (Se sienta al piano y hace escalas, dando muchos tropezones.) Cada día tengo menos agilidad... ¡Esto de las escalas se me resiste!... ¡Uy, qué mal me sale esta en *la menor*! .. en la menor habilidad para tocar el piano... (Olfateando) ¡Caracoles!... Tenía razón Saturnino... me parece que el calorífero... (Se acerca al calorífero y lo examina)

SAT. (Por el foro derecha.) Acaba de llegar el señor secretario del señor... Le he pasado al despacho del señor.

FED ¿Don Leonardo? Está bien. Abre el mirador un poco.

SAT. (Obedeciendo.) Ah, ¿el señor confiesa, por fin, que el calorífero?... (Abre el mirador como anteriormente.)

FED. Confieso que hace calor. Nada más.

SAT. Yo preferiría un buen brasero, en lugar de atufarse.

FED. ¿Cómo? ¡Un brasero! ¿Y habría inventado yo el calorífero económico anti-deletéreo,

de circulación triple, que lleva mi nombre, el calorífero *Tortosa*, el único que lo quema todo?...

SAT. (¡Hasta la paciencia!)

FED. ¿Todo... excepto el carbón... para calentarme por otro sistema embrionario? ¡Pues hombre!... ¡Estaría bien! (Medio mutis.) ¡Ah!... hoy no almuerzo en casa. No me pongas plato. (Se dirige á la primera izquierda.) ¡Un brasero! ¡Valiente calefacción!... ¡un brasero!... (Vase primera derecha.)

ESCENA III

DICHO. Después CLARA. Luego NIEVES

SAT. (Mirando á la primera izquierda.) ¿Conque de triple circulación? ¿eh?... ¡de triple asfixia!... ¡Mecachis con el caloriferito!

CLARA (Por la segunda derecha. Lleva las manos cruzadas por la espalda en actitud militar. Habla siempre á Saturnino en tono de mando.) ¡Saturnino!

SAT. (Cuadrándose,) ¡Mi coronela!

CLARA ¡Dos pasos al frente! (Saturnino obedece.) ¡Esa cabeza derecha!... ¡Ese codo pegado al cuerpo! Está bien. Oye. ¿Eres tú quien toca el piano?

SAT Ha sido el señorito, mi coronela.

CLARA (Asombrada.) ¿Mi yerno?

SAT. Hace días que en cuanto está solo se pone á cencerrear.

CLARA (¡Qué extraño!... ¡Por lo visto se ha aficionado á la música!... ¡Era lo único que le faltaba...!)

SAT. El señorito no almuerza hoy en casa.

CLARA ¡Hola!.. ¿hoy tampoco?... Y será para negocios ¡naturalmente!... ¡A mí no me la da!... ¿Has registrado hoy su ropa?

SAT. Todavía no, mi coronela.

CLARA Mira bien. Hasta en los forros.

SAT Sí, mi coronela.

CLARA Y si encuentras algo... (Estornuda.)

SAT. ¡Jesús, María y José! mi coronela.

CLARA Gracias. (Reparando en el mirador abierto.) ¿Pero quién ha abierto ahí?

SAT. El señor me mandó, por causa del calorífero...

CLARA Ah, sí. ¡Su famosa invención!... ¡Bonito descubrimiento! ¡No se puede respirar en toda la casa! Cierra, cierra. (Saturnino cierra.)

NIEVES (Entrando por la primera izquierda.) Buenos días, mamá.

CLARA Buenos días, hijita. (Besándola.) ¡Hum... ¡tú estás pálida!... ¡tú no has dormido!... ¡tú eres desgraciada!...

NIEVES (Sonriéndose.) No, mamá, te aseguro...

CLARA Sí, sí. ¡Saturnino!

SAT. (Cuadrándose.) ¡Mi coronela!

CLARA ¡Media vuelta á la izquierda! ¡Izquierda! ¡Paso ligero!... ¡En columna cerrada .. á la cocina! (Vase Saturnino por la segunda derecha con paso militar.)

ESCENA IV

CLARA y NIEVES

CLARA (Besando á Nieves con efusión.) ¡Ay, pobrecita hija mía!... ¡pobrecita!

NIEVES ¡Pero mamá! (Se sienta.)

CLARA (Sentándose á su lado.) La culpa la tengo yo por haber concedido tu mano á un fumista.

NIEVES Mamá... ¡si Federico no es fumista!

CLARA ¿Un procurador que hace caloríferos? Yo llamo á eso fumista, y muy fumista. ¡Cuando pienso que la hija del coronel Vizcarrondo; el jefe del regimiento de caballería de Linares!... ¡Pero, naturalmente!... ¡Me había salvado la vida! (Incomodada.) ¡Porque tu señor esposo ha tenido la desfachatez, la poca vergüenza de salvarme la vida!

NIEVES ¿Aun te quejas?

CLARA Sí.

NIEVES ¿De qué?

CLARA De que aprovechó la ocasión para arrancarme tu mano. Eso fué una estafa.

NIEVES ¡Por Dios!

CLARA Lo dicho. Nunca me convencerás de que me sacó del agua por el placer de conservar á su futura suegra.

NIEVES No seas así, mamá.

CLARA ¡Y luego qué inmodesto! A todas horas me recuerda su acción heroica... A propósito... ¡si estamos á 14 de Febrero! Hoy hace seis años que me pescó en el río. Apuesto quince céntimos á que nos cuenta por milésima vez cómo se verificó mi extracción.

NIEVES Vamos, tranquilízate.

CLARA No tengas miedo. Cuando entre tu marido le sonreiré como de costumbre. Así, (Sonríe. Transición. Con rabia.) ¡Cinco años llevo sonriéndole á ese majadero, hasta el día en que!...

NIEVES ¿En que?

CLARA En que esté segura de sus infidelidades.

NIEVES ¡Qué cosas tienes! Federico es incapaz de engañarme.

CLARA Eso está por ver. Según parece, hoy almuerza fuera de casa.

NIEVES Calla... ¡pues no me lo ha advertido!

CLARA ¡Y es la tercera vez en ocho días!

NIEVES Los hombres de negocios...

CLARA ¡Buena tapadera son los negocios!

NIEVES Ya sabes que por el mucho trabajo, ha tenido que tomar un secretario.

CLARA Sí. Ese poeta.

NIEVES Leonardo.

CLARA Para ocuparse especialmente de los anuncios.

NIEVES (Con viveza é interés.) ¿Has leído sus versos de ayer en *El Imparcial?* ¡Son admirables! (Recitando con entusiasmo.)

«Cuando en la noche fría y tenebrosa
ruge el viento inclemente,
junto á un buen calorífero *Tortosa*
se está divinamente.»

—

«Único sistema
dos veces premiado
en Exposiciones,
con cinco patentes
que hacen imposibles
las imitaciones.»

CLARA Sí, sí; muy bonitos (Se oye dentro la voz de Federico.) Aquí le tienes. Sonriamos. (Sonríe.)

ESCENA V

DICHOS y FEDERICO; después SATURNINO

FED. (Por la primera izquierda.) (¡Qué mujer tan angelical! ¡Siempre su eterna sonrisa!) Querida mamá.

CLARA (Alegremente.) Buenos días, Federiquín.

FED. (¿No decía yo?) ¡Y aún hay yernos que critican á sus suegras!... (Abrazándola cariñosamente.) ¿Sabe usted en qué fecha estamos?

CLARA (Como haciendo memoria.) Estamos... estamos..

FED. ¡A catorce de Febrero!

CLARA ¡Ah!

FED. ¡El aniversario!

CLARA Tienes razón. (¡No se la escapa ni uno!)

FED. Hoy hace seis años, setenta y dos meses, trescientas doce semanas, dos mil ciento noventa días, que en la hermosa Sevilla, cierta mujer de porte distinguido y joven aún, se paseaba por uno de los muelles del Guadalquivir.

CLARA (¡Ya pareció aquello!)

FED. Brillaba el sol con vívidos fulgores; cantaban los pajarillos con sus lengüecitas de oro elevando al Creador un himno de escandalosa alegría. La Naturaleza entera parecía hallarse en día festivo. De repente, un grito de espanto desgarra el aire. La mujer de porte distinguido y joven aún, acababa de resbalar sobre una cáscara de manzana, cayendo de cabeza en el Guadalquivir. Ante espectáculo tan aterrador, el sol se obscurece; los pájaros callan el pico; la Naturaleza

parece decirse con angustia: «Fué necesaria una manzana entera para perder á Eva, ¿bastaría una cáscara de manzana para perder eternamente á la coronela Vizcarrondo?» «No»; responde un gallardo joven que salía de la Torre del Oro, donde acababa de instalar dos excelentes caloríferos, sistema *Tortosa*, modelo número tres. No. Y escuchando únicamente á su valor; llevado de su arrojo, se arroja al agua. Lucha heróicamente con las ondas; explora en varias direcciones; logra por fin coger á la víctima por una pantorrilla... (Mirando picarescamente á Clara y sonriendo.) que en cuanto á forma y dimensiones...

CLARA ¡Federico!...

FED. Recordará usted que la felicité entre dos aguas mientras nadábamos.

NIEVES Calla, hombre...

FED. Pocos momentos después, la coronela Vizcarrondo había sido devuelta al cariño de los suyos, cubierta de fango y con una anguila entre los dientes.

CLARA Basta: ¡qué asco!... Desde entonces no pruebo la anguila.

FED. Así nos conocimos. A los tres meses (A Nieves.) pedí tu mano. Correspondiste á mi amor...

NIEVES Muy contenta de unir mi vida á la del hombre que salvó la de mi madre.

FED. ¡Encanto mío! (La abraza tiernamente.)

NIEVES ¿Conque no almuerzas con nosotros?

FED. No, hijita.

NIEVES ¡Qué contratiempo! Precisamente... hoy... el día en que llegan los de Marianeda.

FED. Ah, sí... no recordaba... pues mira, lo siento de verdad.

NIEVES ¿No podrías aplazar...?

FED. (Vivamente.) ¡Imposible! ¡Cuestión de negocios!

CLARA (¡Naturalmente!)

FED. Se trata de un pedido de treinta caloríferos para Canarias, y ya comprendes... ¿De modo que hoy llegan?..

NIEVES Sí. Juana bajó á la estación á esperarlos.

CLARA Por cierto que voy á echar un vistazo á sus habitaciones.

SAT. (Por la segunda derecha.) El señor cajero.

FED. Allá voy. Querida mamá...

CLARA Adorado yerno ..

FED. Hasta luego. Adiós, Nievecitas. (Vase por la segunda derecha.)

ESCENA VI

DICHOS y LEONARDO

LEON. (Por la primera derecha.) Señoras...

CLARA Buenos días, señor poeta. Con su permiso. (Vase segunda izquierda.)

ESCENA VII

NIEVES y LEONARDO. Este personaje hablará en tono enfático y afectado

NIEVES (Emocionada.) (¡Leonardo!)

LEON. ¿Y el señor Tortosa?

NIEVES Está ocupado... y yo voy... (Medio mutis.)

LEON. Por caridad... Quédese un instante. Demasiado sabe, angélica y etérea Nieves, que únicamente para acercarme á usted he consentido en aceptar el puesto de secretario del señor Tortosa, y en poner mi musa al servicio de sus anuncios. (Con amargura.) ¡Y qué anuncios! (Recitando.)
«Si en la estación más cruda y rigorosa
sentís que el frío invade vuestros pies,
comprad un calorífero *Tortosa*,
y si no basta comprad dos ó tres.»
¡Ah, Nieves!. . ¡Por usted... por usted sola adultero así la poesía que llevo en el alma!... ¡Por usted canto á un *choubeski!* ¡Por su amor me pongo al nivel del *cocke* y de la hulla!

NIEVES (Severamente.) Caballero. Está usted hablando á la señora de Tortosa.

LEON. (Con amargura.) ¡La señora de Tortosa!... ¡No me decía usted eso el día feliz, voluptuoso y emoliente en que la encontré delante del Bazar de la Unión!... Llovía á cántaros, yo no llevaba paraguas, usted me ofreció un sitio en su coche... yo trepé al vehículo...

NIEVES Como se trataba de un empleado de mi marido, no tuve la menor desconfianza...

LEON. Y en la calle de Alcalá, dentro de aquel simón que nos conducía, la declaré á usted mi amor apocalíptico... mi pasión extraterrena... Usted quiso apearse.

NIEVES Efectivamente. En la calle de Peligros.

LEON. Sí. Yo logré disuadirla. Me arrojé á sus pies... por cierto que me lesioné con la bigotera, según noté posteriormente. Frente á la calle del Turco, me dijo usted que no me creía, y al llegar junto al Banco, sucumbiendo á la emoción, perdí el sentido. Entonces usted, llena de piedad, rebosante de terne... digo, de ternura, posó sus carmíneos labios sobre mi pálido rostro. Sí, depositó usted aquí un ósculo. Me *osculizó* usted.

NIEVES No es cierto.

LEON. Sí lo es. (Con energía.)

NIEVES ¿Y cómo lo sabe usted si perdió el sentido?

LEON. Porque me quedaba el sentido del tacto.

NIEVES ¡Fué un vaivén del carruaje!

LEON. ¡No me diga usted que fué un vaivén! Los vaivenes no se dan en la mejilla... y aún siento en ella el calor..

NIEVES Señor don Leonardo, le advierto á usted que amo á mi esposo.

LEON. ¡No! ¡Ciento cincuenta veces no!

NIEVES ¿Por qué no?

LEON. Porque es imposible que una mujer nívea, celeste y nacarada como usted, dude entre un vendedor de chirimbolos calentadores, y un poeta, que á los veintiocho años ha conseguido ya que le rechacen dos dramas en el teatro Español.

NIEVES Además, Federico ha salvado á mi madre.

LEON. ¿No es más que eso lo que la detiene á usted? Pues aguarde un momento. (Medio mutis.)

NIEVES ¿A dónde va usted?

LEON. A rogar á su mamá que se arroje al estanque del Retiro, y me comprometo, por mi honor, á extraerla intacta é inmaculada.

NIEVES ¿Está usted loco?

LEON. (Volviendo junto á Nieves.) ¡Ah, Nieves!... ¡oleada de luz que ciega mis pupilas, huracán de belleza que arrastra mi ser, molécula sublime, perfume de mi existencia, arrebolada visión de mis ensueños. .

NIEVES (Queriendo hacerle callar.) ¡Leonardo! (Rectificando.) Señor don Leonardo...

LEON. ¡Leonardo!... ¡Me ha llamado Leonardo á secas!...

NIEVES No.

LEON. ¿Va usted á decirme que es otro vaivén? ¡Inútil empeño!... (Recitando.)

«El cielo se ha entreabierto,
el amor ha vencido.
Toma, Venus, mi sangre.
¿Qué quieres? ¡Habla, diosa!»

ESCENA VIII

DICHOS, FEDERICO, por la segunda derecha

FED. (Que ha entrado en el segundo verso.) (¿Eh?)

NIEVES (Dando un ligero grito al apercibirlo.) (¡Mi marido!)

LEON. (¡Caracoles!) (Declamando alto.)

«Y Venus dijo al punto:
sólo un favor te pido,
mándame el calorífero
modelo de «Tortosa.»

FED. ¡Ah!... ¿un anuncio?... ¿es un nuevo anuncio?

LEON. Sí. Para *El Liberal* y el *Heraldo*. Se trata de un diálogo entre Marte y Venus. (Mirando á Nieves.) Venus promete á Marte acceder á su amor...

NIEVES (¡Qué atrevimiento!)

LEON. Y ella le pide en cambio ..

FED. ¿Un calorífero sistema «Tortosa»?

LEON. Eso es.

FED. ¡Originalísimo! (A Nieves.) ¿Tiene mucho ta-

lento, verdad? (Nieves muy turbada, afirma.) ¿Y cómo lo titula usted?

LEON. *El Calorífero de Venus.*

FED. ¡Maravilloso! Le subiré á usted el sueldo á fin de mes.

LEON. ¡Oh!... ¡Don Federico!...

FED. Envíe inmediatamente ese anuncio á los periódicos.

LEON. En seguida. (Saliendo y mirando á Nieves.) (Nieves me amará antes de ocho días, y al mismo tiempo me aumentarán el sueldo... ¡Nunca hubiera esperado ambas cosas simultáneamente.) (Vase primera derecha recitando de nuevo.)

«Toma, Venus, mi sangre.
¿Qué quieres? ¡Habla, diosa!»

ESCENA IX

DICHOS y SATURNINO. Después HORTENSIA y MARIANEDA. Luego DOÑA CLARA

FED. (Frotándose las manos.) Me parece que he hecho una buena adquisición con este joven.

SAT. (Entrando muy de prisa por la segunda derecha.) ¡Señorita!.. ¡Señorita!... ¡Los forasteros!.. (Entran Marianeda y Hortensia por la segunda derecha, seguidos de Juana, que trae los objetos de viaje.)

NIEVES ¡Hortensia!..

HORT. ¡Nieves!... (Se abrazan y besan. Saturnino y Juana vanse por segunda izquierda, llevándose los objetos de viaje que traen Marianeda y Hortensia. Después vuelven á salir y vanse por la segunda derecha.)

MAR. ¡Federico!

FED. ¡Leopoldo! (Se estrechan las manos. A Hortensia.) ¡Señora!... (Se dan la mano.) ¿Qué tal el viaje?

HORT. Excelente.

MAR. (A Nieves, estrechando su mano.) Usted siempre tan hermosa...

NIEVES Exagera usted, doctor.

HORT. (Sentándose.) Al recibir nuestro telegrama habréis dicho que somos muy despreocupados.

NIEVES (A Hortensia.) ¿Quieres callar?

MAR. (A Federico.) ¡Zamparse así!...

FED. Estáis en vuestra casa

CLARA (Saliendo por la segunda izquierda.) ¡Tanto bueno por aquí!

HORT. MAR. ¡Doña Clara! (Se saludan.)

CLARA ¿Qué tal, doctor? ¿Cómo van esos enfermos?

MAR. ¿Los enfermos? ¡Tan buenos, digo, tan malos... estarán... en sus camitas!

FED. ¡Lo que es ahora os tenemos aquí un mes!

HORT. (Protestando.) ¡Un mes!... ¡Por Dios!

MAR. El tiempo preciso para hacer las visitas reglamentarias.

FED. ¿Qué visitas?

HORT. Es verdad... ¿no saben ustedes?.. Mi marido presenta su candidatura á la Academia de Medicina

NIEVES ¡Caramba! Mi entusiasta felicitación.

MAR. (Modestamente.) He pensado que después de mis trabajos sobre los microbios, tenía probabilidades...

NIEVES (A Hortensia.) ¿Quieres arreglarte un poco? Vamos á tu habitación.

HORT. Sí, vamos.

CLARA Os acompaño.

NIEVES Hasta ahora. (Vanse las tres conversando por la segunda izquierda.)

ESCENA X

FEDERICO, MARIANEDA

MAR. (Tosiendo y olfateando.) Oye. ¿No notas un olor extraño?

FED. ¡Ah .. sí, es el... calorífero!... Cuando el viento viene del Norte, tira mal; pero cuando viene del Sur...

MAR. Tira... de espalda.

FED. Espera. (Yendo al mirador.) Renovaremos el aire... (Abre) (Le voy á tener que apagar.) (Mirando por el mirador.) ¡Calla .. está en el balcón.

MAR. ¿Quién?

FED. Mi vecina. ¡Miss Arabella!

MAR. ¿Miss Arabella?

FED. La estrella del Salón Japonés. ¿No la conoces?

MAR. De nombre, por haber leído en los periódicos...

FED. Mira... ya me ha visto... (Viendo que Marianeda permanece aún lejos del mirador.) ¡Pero acércate, hombre! ¿Qué dices de esos ojos?

MAR. (Mirando.) ¡Ay!... de esos ojos... y de esa... y de ese... Cierra, cierra...

FED. ¿Qué te pasa?

MAR. Mirando ciertas cosas me descompongo.

FED. (Cerrando.) Oye, ¿y en Calahorra tenéis buen mujerío?

MAR. Vaya... ¡episcopal! pero como si no...

FED. Te reservas para Madrid, ¿eh?

MAR. ¡Tampoco!

FED. ¿Eres un marido casto?

MAR. (Suspirando y sentándose en una butaca.) ¡Casto!

FED. ¡Embustero!

MAR. Desde hace diez años que me casé, no he tenido la más insignificante sucursal del matrimonio! El tálamo central... y gracias.

FED. Te felicito.

MAR. No me felicites. Si no he tenido la más insignificante sucursal, no fué por falta de ganas, sino porque no he podido.

FED. (Sentándose junto á él.) ¿Quién te lo impidió?

MAR. «La Bambalina.»

FED. (Con extrañeza.) ¿La Bambalina?

MAR. Sí. Con ese título se formó hace tiempo en Calahorra una Sociedad de aficionados al arte dramático. Mi mujer es la presidenta, y tan á pecho ha tomado su papel, que se sabe de memoria todo el repertorio cómico antiguo y moderno. Conoce todos los recursos, todas las tretas de que se valen los maridos para engañar á sus mujeres en las comedias. La digo, por ejemplo, que me voy de caza, y me responde: «No, monín, conmigo no te vale el recurso. Eso está en *Las codornices* y en *Consuelo.*» Aseguro que tengo

una cita en el Círculo. «Busca otro embuste mejor—replica—esa es copia inocente de *El sombrero de copa* » No me deja marcharme fuera solo, recordando quizás *Los dominós blancos*... En fin... inútilmente me ingenio en buscar las causas más verosímiles, los recursos más hábiles para burlar su vigilancia... Apenas abro la boca... ¡zás!... me espeta el argumento de una obrita. (Con desesperación.) ¡He agotado todo el repertorio!

FED. (Sonriendo.) ¡Pobre infeliz!

MAR. ¿Qué quieres? ¡Renuncio á la lucha! No salgo de casa. Apenas visito... Me entretengo en estudiar los microbios. Paso los días analizando mis caldos de cultivo, que parecen decirme en tono burlón: ¡Nunca echarás una canita al aire!.. ¡Nunca!... ¡nunca!...

FED. Tú tienes la culpa. Si en lugar de haber buscado los medios vulgares y anticuados, hubieras echado mano de alguno nuevo ..

MAR. ¿De alguno nuevo? ¡Si no hay!

FED. ¡No ha de haber!

MAR. ¡Que no hay! Esos demonios de autores cómicos todo lo han previsto, no han dejado ni pizca.

FED. Repito que si te hubieras molestado en buscar como hice yo después de mi aventura con Lucrecia Leganitos...

MAR. Sí... ya me contaste . ¿Aquella que tenía de protector á un comandante muy celoso, el cual estuvo á punto de sorprenderte en su casa?

FED. La misma. Apenas tuve tiempo de escapar por el balcón. ¡Gracias que era entresuelo! Desde aquel día me hice más cauto. Comprendí que podría llegar á oídos de Nieves cualquiera de mis deslices, y me puse á buscar un medio, seguro, inviolable... un medio que no haya sido empleado en el repertorio...

MAR. No te canses. No lo hay. ¡Más que yo lo he buscado!

FED. ¡Qué poca inventiva! ¡Me causas lástima! Oye. En estos momentos le hago el amor á

una viudita encantadora... una morena deliciosa, con unos ojos... y unos labios y unos....

MAR. (Vivamente.) ¡Suprime la descripción de los accesorios, que se me hace la boca agua!

FED. Bueno. Pues mi mujer había de verme con la otra del brazo por la calle, y juraría que yo era inocente como un cordero recién nacido.

MAR. (Incrédulo.) ¡Eso es imposible!

FED. ¿Imposible? Voy más lejos aún. A tu mujer, á tu misma mujer... ¿entiendes?

MAR. Sí.

FED. Por mucho repertorio que conozca, se la daba yo lo mismo que á un chino.

MAR. (Con admiración.) ¿Y tú has encontrado ese recurso maravilloso?

FED. ¡Yo!

MAR. ¡Me llenas de asombro!

FED. (Con aire satisfecho.) ¿Eh?... ¿qué te parece?

MAR. ¡Federico!... ¡amigo Federico!.... ¡excelente Federico!... habla... revélame tu secreto... tu recurso infalible...

FED. ¿Cómo? ¿Que yo te diga?... ¡Quiá!

MAR. ¡Hombre!... ¿te niegas á decirme á mí?... ¿á tu mejor amigo?

FED. Un secreto entre dos ya no es secreto.

MAR. (Implorando.) Federico .. ¡en nombre de tu padre, de tu madre.... de tus abuelitos...

FED. No insistas.

MAR. ¿Quieres que te lo pida de rodillas?... mírame... (Se arrodilla.)

FED. No, no...

ESCENA XI

DICHOS y CLARA

CLARA (Por la segunda izquierda.) Pero, doctor... ¿qué hace usted de rodillas?

FED. (¡Anda!)

MAR. Pues... pues... (Se levanta.)

FED. Me estaba explicando las costumbres de los microbios.

CLARA ¿Acostumbran á arrodillarse los microbios?

MAR. No... Es que al mismo tiempo le examinaba una pierna... Creí que tenía lesionado el *peroné*... pero no.

CLARA Vengo á decirle que Hortensia le está esperando.

MAR. Allá voy. (Necesito arrancarle su secreto.) (Vase por la segunda izquierda.)

FED. Yo tengo que vestirme. Hasta ahora, querida mamá. (La besa la mano.)

CLARA Adiós, Federiquito.

FED. (Saliendo por la primera izquierda.) (Esta madre política rehabilita la corporación.) (Vase.)

ESCENA XII

CLARA y SATURNINO. Después SANCHIDRIÁN, vestido con el uniforme de comandante de caballería. Clara, apenas sale Federico, saca un pañuelo del bolsillo y se frota con energía la mano en que recibió el beso

SAT. (Entrando por la segunda derecha precipitadamente.) ¡Mi coronela!

CLARA ¿Qué hay?

SAT. ¡El comandante! ¡Viene el comandante!

CLARA ¿Qué comandante?

SAT. El nuestro... el del segundo de Linares.

CLARA (Con alegría.) ¿Sanchidrián?

SANCH. (Apareciendo en la puerta segunda derecha.) El mismo, mi coronela.

CLARA ¡Después de tantos años! (Viendo que Sanchidrián permanece en la puerta en posición militar.) ¿Pero qué hace usted ahí como un recluta? (Le tiende los brazos.)

SANCH. (Emocionado, avanzando y abrazándola respetuosamente.) ¡Con alma y vida!

CLARA ¿Y el segundo de Linares?

SANCH. Sigue siendo la perla del ejército. ¡No en balde tuvo por jefe al coronel Vizcarrondo!

SAT. Mi comandante... ¿puedo hacer una pregunta?

SANCH. Habla, buena pieza.

SAT. ¿Y Cacharroso?

SANCH. ¿Cachorroso?

SAT. El cabo de trompetas. Aquel gallego que se comió un día el rancho de toda la banda y el pienso del caballo. ¿Qué ha sido de él?

SANCH. Ah, sí... Cacharroso... murió en la última guerra.

SAT. ¿De un balazo?

SANCH. No. De un cólico.

SAT. (Dándole distraido golpes en el hombro al Comandante.) Ya se lo decía yo... ¡que te va á hacer daño!... ¡Que no seas avestruz!...

SANCH. ¿Eh?

SAT. ¡Ay!... dispense mi comandante. (Saluda militarmente y vase segunda derecha.)

ESCENA XIII

CLARA y SANCHIDRIAN

CLARA ¿Desde cuándo en Madrid, comandante? (Se sientan.)

SANCH. Una hora escasa, mi coronela, y la primera visita...

CLARA Siempre tan atento.

SANCH. ¿Y Nieves?

CLARA Casada hace cinco años.

SANCH. ¡Hola!... ¿El yerno será militar, naturalmente? ¿Caballería? (Movimiento negativo de Clara.) ¿Artillería? (Idem.)

CLARA ¡Fumistería!

SANCH. ¿Es un deshollinador?

CLARA Casi, casi... un fabricante de tufo... Pero no hablemos de eso... dígame usted... ¿qué le trae por aquí? ¿Algún traslado?

SANCH. No, mi coronela. Vengo á un asunto particular de lo más extraño que puede figurarse. ¿Usted ha oído hablar alguna vez de Lucrecia Leganitos?

CLARA No me suena.

SANCH. Bueno. Pues Lucrecia Leganitos era una chica con quien tuve relaciones amorosas en mi último viaje á Madrid. Relaciones

inofensivas, ¿eh?... no vaya usted á maliciarse...

CLARA (Con sorna.) Ya, ya...

SANCH Una noche llego á su casa inopinadamente, voy á entrar en su habitación, oigo una voz de hombre, y ya me conoce usted... la sangre se me sube á la cabeza, me precipito en la estancia como un rayo, tropiezo con la bombilla de la luz eléctrica que estalla dejándonos á oscuras .. y cuando me disponía á estrangular á mi rival, recibo una tremenda bofetada que me hizo sospechar si el dador sería artista de circo, ó profesor de gimnasia.

CLARA ¿No le mató usted?

SANCH. Señora, para matarle hubiera necesitado una bicicleta porque corría más que un gamo.

CLARA ¿Y no logró usted verle la cara?

SANCH. ¡Quiá!... desapareció. Desde entonces, no como, ni duermo, ni vivo ante la idea de que hay por esos mundos un hombre que me ha cruzado el rostro. ¡El rostro del comandante Sanchidrián! ¡Y que yo no he podido hacerle tajaditas!

CLARA Así me gustan á mí.

SANCH. No teniendo otros medios, me dirigí á «La Escudriñadora», una agencia de informaciones, le proporcioné los datos que poseía y ayer recibí por fin este telegrama. (Sacando un telegrama y leyendo.) «Venga inmediatamente. Conocemos el nombre del agresor» Esta misma tarde, ese sinvergüenza, recibirá tal lluvia de bofetadas que va á parecer una ovación de la *claque* en el teatro.

ESCENA XIV

DICHOS, NIEVES. Después SATURNINO

NIEVES (Por segunda izquierda.) ¿Pero es cierto? ¿El comandante Sanchidrián?

SANCH. Señorita Nieves... digo... señora. (Se estrechan

las manos.) ¡Demonio!... ¡vaya una cara bonita... el deshollinador no debe aburrirse!

NIEVES ¿Qué deshollinador?

SANCH. Bueno... el fumista; la coronela me ha dicho...

CLARA Comerá usted con nosotros, ¿eh?

NIEVES Mi marido tendrá gusto en conocerle.

SANCH. También lo tendría yo, pero ayer telegrafié á mi sobrina que la llevaría hoy á comer á Lardhy, y por esta razón...

CLARA ¡Ah!... ¿tiene usted una sobrina?

SANCH. ¿No lo sabía usted? Rigoberta... una real moza de veintiocho años y ya viuda... El lila de su marido hizo la tontería de morirse á los catorce meses de casados...

NIEVES ¡Qué lástima!

SANCH. Pero Rigoberta me escribió hace unos días diciéndome que ha encontrado un sustituto.

CLARA Pues en lugar de llevar á su sobrina á Lardhy, tráigala usted á comer aquí. Sin cumplimientos. (Toca el timbre.)

SANCH. Bien. Acepto, pero con una condición. Que vendré primero á presentarles la muchacha.

CLARA ¡Este Sanchidrián siempre tan correcto!

NIEVES Le esperamos á las tres. ¿Es buena hora?

SANCH. A las tres.

CLARA (A Saturnino que entra por segunda derecha.) Saturnino. Acompaña al comandante.

SANCH. A ver, galopín, ¿recuerdas la instrucción?

SAT. Sí, mi comandante.

SANCH. Bueno. Pues guíame. Mar...

SAT. (Con paso militar.) ¡Un, dos, un, dos, un, dos! (Vanse por la segunda derecha.)

ESCENA XV

CLARA, NIEVES. Después HORTENSIA

CLARA Yo voy á echar un vistazo á la cocina. Habrá que poner algún extraordinario (Medio mutis.)

HORT. (Entrando por segunda izquierda.) Supongo que no se irá usted por mí.

CLARA De ningún modo. Vuelvo en seguida. (¡Qué bien se conserva el comandante!. . me ha recordado mis buenos tiempos .. cuando yo estaba en activo.) (Vase por la segunda derecha.)

ESCENA XVI

HORTENSIA y NIEVES

HORT. Vamos. Ya estoy más presentable.

NIEVES (Llevando á Hortensia á un sofá.) Siéntate un poco y hablemos.

HORT. (Alegremente.) Debemos tener una porción de cosas que decirnos.

NIEVES ¿Qué tal? ¿Te diviertes mucho en Calahorra?

HORT. Pues mira, sí; lo paso bien, aunque no es muy alegre que digamos.

NIEVES ¿Por qué no te decides á vivir en Madrid?

HORT. Eso si que no. Ante la idea de estar todo el año en medio de esta agitación, de este barullo perpetuo, comprendo que me volvería loca Me gusta Madrid, pero... á pequeñas dosis, como la langosta á la mayonesa.

NIEVES Oye .. ¿no será que los celos te harán temer que tu marido en Madrid?...

HORT. ¿Yo celosa? ¡Qué tontería! Estoy muy descuidada respecto á eso. Mi marido no me engañará nunca.

NIEVES ¿Tan segura estás de su fidelidad?

HORT. (Riendo.) ¿Su fidelidad? No daría por ella cinco céntimos.

NIEVES Poco es.

HORT. ¡Puede que fuera mucho! El maldito no puede ver á una mujer sin que se le alegren los ojos... ¡Las veces que me habrá engañado teóricamente!... Pero de la teoría á la práctica... No. Conozco muy bien las trapisondas de esos caballeros, todas sus trapacerías, sus combinaciones, y desafío al más pintado... De algo ha de servirme ser Presidenta de «La Bambalina», Sociedad Dramática Calagurritana, y conocer al dedillo el repertorio. Distingo á los maridos desleales por el olor.

NIEVES (Con ingenuidad.) ¿De veras?... Oye, ¿A qué te ha olido el mío?

HORT. ¿El tuyo? Dispensa; con los maridos de las amigas, siempre estoy constipada. (Nieves hace un gesto de contrariedad.) No, no... es uno de mis principios. Desde que pesqué al Notario de Calahorra...

NIEVES ¿Engañaba á su mujer?

HORT. La engañaba. Y como ella me rogó que le estudiase, y yo tuve la debilidad de acceder... al día siguiente le sorprendió con la cocinera.

NIEVES ¿Y perdonó al marido?

HORT. Al marido y á la cocinera. A quien no perdonó nunca fué á mí.

NIEVES Mira... yo... no es que sospeche de mi esposo.. (Reflexionando.) Sin embargo .. una vez...

HORT. (Acercándose con interés.) ¿Qué pasó una vez?

NIEVES Tuve miedo.

HORT. Cuenta, cuenta...

NIEVES Verás. Cierta mañana recibí un anónimo que decía: «Señora, su marido la engaña; el martes estuvo comiendo en Fornos con una camarera de café.»

HORT. ¿Y aquel martes comió efectivamente?...

NIEVES Conmigo. Ni siquiera se movió de casa.

HORT. ¡Hola!

NIEVES A los quince días, nuevo anónimo. «Señora, don Federico Tortosa estaba el lunes almorzando en los Viveros con una viuda filipina.»

HORT. ¿Y aquel lunes?...

NIEVES Fuimos á almorzar juntos á casa de unos amigos nuestros.

HORT ¡Es curioso!

NIEVES Por último. Tres semanas después otro anónimo «Señora, ¿está usted ciega? El viernes, su marido de usted pasó la noche en el baile de la Zarzuela, con una domadora de galápagos que trabaja en Parish.» Precisamente aquella noche, después que salimos del Real, nos vinimos á casita.

HORT. ¡Qué tres casualidades!

NIEVES Yo no me explicaba el significado de esta

broma de mal género, cuando un día mi marido entra en casa furioso, le pregunto qué tiene, y me cuenta que en la calle de Fuencarral, un desconocido le paró y le dijo, dándole golpecitos en el hombro: ¡Sotuno! ¿dónde vas por aquí? ¡Dispense usted, le respondió Federico, pero no tengo el gusto de conocerle. Este Soler, siempre tan bromista, contestó el otro... Pero, ¡caballero, que yo no me llamo Soler!... Se dan mutuas explicaciones, y mi esposo averigua, con estupefacción, que se parece, de un modo extraordinario, asombroso, á un señor Soler que anda por ahí.

HORT. ¡Hombre!, hombre!

NIEVES La misma cara, la misma estatura, iguales gestos, idéntico modo de andar... Todo se aclaró. ¡Habían tomado al señor Soler por mi marido! ¡Los anónimos se referían al otro.

HORT. ¡Naturalmente!

NIEVES Entonces me decidí á enseñárselos. ¡Lo que nos pudimos reir!

HORT. ¡Como que es graciosísimo!

NIEVES Y me decía Federico: Ya ves, Nievecitas, si por una funesta casualidad hubiera yo salido de casa esos días... tú pudiste creer...

HORT. Tenía razón. Pero dime, ¿desde entonces no han vuelto á confundir á tu esposo en la calle?

NIEVES ¡Ya lo creo! Mil veces...

HORT. ¿Pero siempre cuando va solo? ¿Nunca cuando va contigo?

NIEVES Nunca.

HORT. (¡Malo!)

NIEVES ¿Por qué me preguntas eso?

HORT. Por nada. (Siquiera tendría el merito de la invención... no recuerdo haber visto en el repertorio...)

NIEVES ¿Qué tienes?

HORT. Nada, mujer.

NIEVES Juraría que me ocultas algo. (Vivamente.) ¿Es que sospechas?

HORT. ¿De tu marido? Bajo ningún concepto.

NIEVES Tienes una manera de interrogarme... Y además, me miras de un modo. . como con lástima...

HORT. No debes dar importancia á una ligera sospecha.

NIEVES ¡Ah!... ¿conque ligera?... ¿de modo que confiesas?

HORT Quise decir...

NIEVES (En tono decidido.) Basta. Es indispensable que explores bien á mi marido.

HORT. ¿Eh?

NIEVES Que averigües si la fidelidad de ese pillo tiene *goteras*.

HORT. No, no. Después de lo del notario...

NIEVES Te lo ruego. Guíame, ayúdame con tu experiencia. . (Hortensia hace un gesto negativo.) Comprendo que sola no tendría habilidad... (Sollozando.) Yo no soy Presidenta de ninguna Bambalina No conozco el repertorio...

HORT. (Tratando de calmarla.) Vamos, Nieves, ponte en mi lugar.. reflexiona...

NIEVES (Acalorándose.) De modo que si tu sospecha fuese cierta, en vez de ayudarme á desenmascarar á Federico... ¿preferirías que continuase engañándome? ¿Y te llamas amiga mía?

HORT. Pero Nieves...

NIEVES ¡A no ser que temas que mi marido sea más ingenioso que todos los autores cómicos del mundo, y que tú misma, reconociendo tu inferioridad...

HORT. (Picada) ¿Mi inferioridad?...

NIEVES A pesar de tus grandes conocimientos teatrales.

HORT. (Cada vez más picada.) ¡Lo que es eso!... ¡Si yo quisiera!... Antes de veinticuatro horas...

NIEVES ¡Se dice muy fácilmente!

HORT. ¿Que se dice muy fácilmente?

NIEVES Apuesto que ni en ocho días...

HORT. ¡En uno, repito!

NIEVES ¡Ilusiones!

HORT. No me desafíes...

NIEVES ¡Bravatas!

HORT. (Tomando de pronto una resolución.) Bueno. Peor

para tí. Después de todo, las mujeres deben de ayudarse unas á otras.

NIEVES (Gozosa.) Ah... ¿consientes?

HORT. Aunque sólo sea por defender á los autores cómicos.

NIEVES Habla... revélame tu sospecha; ¿ha sido la historia del señor Soler? ¿Con qué objeto la habría inventado?

HORT. ¡Eres de lo más infeliz...! ¿El objeto? No puede ser más claro, más evidente... Se necesito estar ciega, ó tuerta por lo menos. Supongamos que mañana ves á tu marido en un coche con una mujer.

NIEVES (Con ansiedad.) Sí..

HORT. Bueno, pues no es á él, sino al señor Soler á quien tú has visto. Por lo menos así lo afirmaría tu esposo.

NIEVES (Comprendiendo.) ¡Ah!... (Reflexionando.) Pero... ¿y los anónimos?

HORT. Enviados por él mismo para alejar tus sospechas.

NIEVES ¡Infame!

HORT. ¿Comprendes ahora?

NIEVES Sí. Pero... ese señor Soler ¿no existirá?

HORT. Es imposible asegurarlo, aunque... hay probabilidades.

NIEVES ¡Ah, traidor!

HORT. ¡Más bajo!

NIEVES (En voz baja.) ¡Ah, traidor!

HORT. ¡Cálmate!

NIEVES Sí. Ahora veo claro. Esos continuos almuerzos fuera de casa bajo pretexto de negocios... hoy mismo, sin ir más lejos...

HORT. (Con viveza.) ¡Ah! ¿hoy...?

NIEVES (Nerviosa.) ¡Buenos estarán los tales negocios! (Se oye dentro la voz de Federico.) ¡El!

HORT. ¡Tu marido!... ¡Cuidado!.. ¡nada de nervios! ¡nada de escándalos!

NIEVES No temas.

HORT. Que no sospeche.

NIEVES Obsérvale bien.

ESCENA XVII

DICHAS y FEDERICO, por la primera izquierda, vestido de calle

FED. Voy á mandar que apaguen el calorífero.

NIEVES (Con aire indiferente.) ¿Ya te vas?

FED. Sí, hija mía. Espero que me habrás disculpado con Hortensia por no almorzar hoy en casa.

HORT. Si me ha dicho Nieves..

FED. Créame usted, señora... estoy desconsolado...

NIEVES (Irónicamente.) Desconsoladísimo.

FED. (Mirando á Nieves con extrañeza.) Completamente desconsolado. (A Hortensia.) Pero un almuerzo de negocios ¿sabe usted? Un importante pedido de caloríferos para Canarias...

NIEVES (Siempre irónica.) Capital, Santa Cruz de Tenerife.

FED. (Sonriendo con calma.) Eso es... Santa Cruz.

NIEVES (Elevando algo el tono.) ¿No tienen allí caloríferos?... ¿Necesitan pedirlos á Madrid?

HORT. (¡Adiós!)

FED. ¡Claro que tienen! Pero no caloríferos Tortosa, de los cuales el tufo ha llegado... digo la fama ha llegado hasta esas islas.

NIEVES (Furiosa.) ¿Y quiere usted que yo me crea todo eso?

HORT. (¡Qué torpe!) Pero, mujer, si no tiene nada de particular que mande caloríferos para los canarios...

NIEVES ¡Pamplina para los canarios sí que mandará!

FED. (En tono severo.) Nieves... (Hortensia hace señas á Nieves de que se contenga.)

NIEVES Váyase, váyase. Unicamente le ruego que si al ir á ese almuerzo *de negocios* encuentra usted algún amigo del señor Soler, le dé usted de mi parte muchísimos recuerdos para dicho señor.

HORT. (¡Cada vez lo estropea más!)

FED. (Siempre sereno y fingiendo asombro.) No sé á qué obedece...

NIEVES Ven, Hortensia.

HORT. Vamos.

FED. (Avanzando hacia Nieves.) ¿Pero me explicarás?... (Nieves vase precipitadamente por la primera izquierda sin responder á Federico.)

HORT. (Que no le ha perdido de vista.) (¡No se ha turbado ni un momento!)

FED. (Deteniendo á Hortensia que va á salir.) Dígame usted, Hortensia, ¿qué le pasa á mi mujer?

HORT. (Evasivamente.) Nada, amigo Tortosa, nada de particular, está un poco excitada.

FED. ¿Excitada? ¿Por qué?

HORT. ¿Quién es capaz de decir por qué una mujer está excitada?... ¡si á veces nosotras mismas no lo sabemos! Basta un detalle, una nimiedad... una arruga del vestido... Precisamente eso es lo que le ocurre, ha notado una arruga en el vestido... Pero, tranquilícese usted, no tiene nada. (Mientras habla Hortensia, Federico la mira atentamente.)

NIEVES (Dentro.) ¡Hortensia!

HORT. Allá voy, allá voy. (Mirando á Federico.) (Decididamente, este hombre es muy sereno. Habrá que hilar fino.) (Vase primera izquierda.)

ESCENA XVIII

FEDERICO, MARIANEDA. Después SATURNINO. Después LEONARDO

FED. ¿Una arruga del vestido?... ¡quiá!... aquí pasa algo.

MAR. (Entrando por la segunda izquierda y acercándose á Federico en actitud humilde y como implorando limosna.) Joven... ¡un poco de caridad para esta víctima de los autores cómicos!

FED. ¡Para caridades estoy yo!

MAR. (Asombrado del tono que usa Federico.) ¿Qué ocurre?

FED. Ocurre que mi mujer, hace un momento

tan crédula y confiada, acaba de dirigirme ciertas alusiones...

MAR. ¿De veras?

FED. Aquí mismo, delante de la tuya. Vamos... que tiene, como suele decirse, la mosca en la oreja, y no comprendo quién habrá podido...

MAR. ¿Quién? No te canses en buscar más. La mosca es mi mujer.

FED. ¿Hortensia? Si precisamente procuraba tranquilizarme.

MAR. Para tenderte el lazo con mayor seguridad. Además de mosca es araña.

FED. ¡Calla!... puede que tengas razón... su insistencia...

MAR. ¡Y como ella se mezcle en este asunto, estás perdido!

FED. (Serenándose.) ¿Perdido?... ¿Yo?

MAR. Tú no la conoces, desgraciado. Eso no es mujer, es un vigilante de consumos!

FED. Mira, Leopoldo. Tú eres quien no me conoce. (Mirando provocativamente hacia la puerta por donde salió Hortensia.) ¡Ah, señora de Marianeda! ¿Pretende usted mezclarse en mis asuntos? ¡Pues sea!... nos veremos. Puede usted invocar á todos los autores cómicos de ayer, de hoy, de mañana... Antes de una hora quedará usted aplastada, arrollada, confundida, y usted será la primera en proclamar mi inocencia. (Toca un timbre.)

MAR. (Entusiasmado.) ¿Y cómo vas á conseguir?... ¿Por medio de tu recurso?

FED. Por medio de mi recurso. (Aparece Saturnino en la segunda derecha.) Saturnino: el sombrero y el bastón. (Vase Saturnino. Acercándose al primer término derecha.) ¡Leonardo!

MAR. ¡Este hombre es un coloso de los más crecidos!

FED. (A Leonardo, que aparece.) Tengo que salir, y no volveré hasta la noche.

LEON. (¡Qué alegría!)

FED. Si viniese algún cliente, entiéndase usted con él.

LEON. Puede usted contar con mi persona como

si fuera usted mismo. (Entra Saturnino con el sombrero y el bastón, que entrega á Federico. Vase Leonardo.)

FED. Y ahora, ¡adelante! ¡A luchar!... Adiós, Marianeda. Hasta la vista.

MAR. Pero... ¿á dónde vas?

FED. ¿A dónde voy? A jugarme el todo por el todo. (Con energía.) Tú eres pobre de espíritu. Yo soy audaz y ya sabes la máxima... *¡Audaces fortuna juvat!* (Vase segunda derecha.)

MAR. (Cruzándose de brazos y dejándose caer en una butaca.) Tiene razón. En cambio los papanatas como yo, *per semper achicharratis celosiam mulierem escamonarum.* (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración que en el anterior. El calorífero está apagado. Sobre un velador hay un servicio de café con tazas y copas de licor.

ESCENA PRIMERA

JUANA y SATURNINO. Al levantarse el telón preparan el café.

SAT. En el regimiento no gastábamos tantos cumplidos. Tomábamos el café en un vaso, echábamos unas gotas, y á la salud de la cantinera... cuando nos fiaba.

JUANA O á la salud de la novia.

SAT. ¡Y que lo digas! Toda mi herencia me la gasté con las mujeres.

JUANA ¿Has tenido alguna herencia?

SAT. El mismo año que caí soldado se me murió un tío, dejándome en su testamento diez y siete duros líquidos, según me dijo el notario. Yo pensé, en vista de que estos diez y siete duros son líquidos, no hay duda ninguna sobre su empleo

JUANA ¿Qué hiciste?

SAT. Me los bebí. Oye, ¿y el *cognac*?

JUANA Estará en la cocina.

SAT. Voy á buscarle. (Vase por la segunda derecha.)

JUANA Yo no sé qué tienen estos de caballería... ¡se

hacen tan simpáticos!... ¡y le dicen á una tantas barbaridades... tan bien dichas!... ¡si hasta pellizcan con más gracia que los de otros cuerpos!

ESCENA II

JUANA, SATURNINO. Después FEDERICO

SAT. (Entrando lleno de estupefacción.) ¡Juana!... ¡Juana!... (Lleva en la mano una tarjeta.)

JUANA (Mirándole con extrañeza.) ¿Qué te pasa, hombre?

SAT. (Con voz ahogada.) Es... un señor... pero... un señor...

JUANA Bueno, ¿y qué?

SAT. Que... pregunta por el señor...

JUANA ¿Y por eso te quedas hecho un marmolillo? ¿Cómo se llama?

SAT. (Leyendo la tarjeta.) Soler.

JUANA ¿Soler?

SAT. Bienvenido Soler.

JUANA No le conozco.

SAT. Oye, Juana. Dime que estoy despierto, dime sobre todo que no estoy borracho, dime... ¡mira!... ¡mira!... (Indica la puerta segunda derecha, en la cual aparece Federico. Vestirá este personaje en este acto un traje nada elegante, de chaquet, más bien ordinario. Será su aspecto el de un viajante de comercio endomingado, procurando que las prendas que ahora viste contrasten todo lo posible en color y en forma con las que vestía en el acto anterior. El peinado será distinto del que antes llevaba. Camisa de cuello bajo, gruesa cadena de reloj, botas con caña clara, y en una palabra, todo cuanto sin exageración y sin afectar en nada á la cara, que no sufrirá modificación alguna, pueda diferenciarle del personaje representado en el primer acto. Hablará con marcado acento catalán.)

FED. ¿El *senyor* Tortosa? ¿Me *fan* la *amabilitat*?

JUANA (Dando un ligero grito.) (¡Ay!... ¡Dios mío!... pero... si...)

FED. (A Saturnino que le mira asustado.) ¡Voto *als dimonis*!... ¿Le *portan* ó no la tarjeta?

JUANA (Mirando siempre á Federico.) (¡Caramba!... ¡Juraría! ..)

SAT. Es que el señor ha salido.

FED. (Muy contrariado.) ¿Ha *surtit? ¡Ma noy!*... si que *tinch* mala *sort.*

SAT Pero.. la señora está... y si usted quiere...

FED. *¿Com?* Claro. *¡Naturalment!* Tendré *molt* gusto en *coneixer* á la *senyora. Pásile* recado.

SAT. (Saliendo por la segunda izquierda.) (Se va á quedar la señora *turulata.* ¡Voto á mil *dimonis!* como dice éste)

FED. (Mirando en torno suyo.) *¡Ma noy!*... ¡si que tiene la casa con *luxo* el *senyor* Tortosa!

JUANA (¡Si no lo viera, no lo creería! Voy á contárselo á la cocinera.) (Vase por la segunda derecha.)

ESCENA III

FEDERICO. Después NIEVES

FED. (Recobrando su voz y acento naturales.) ¿Qué tal, señores autores cómicos?... ¿y usted, Presidenta de La Bambalina?... ¿está esto en el repertorio?...

NIEVES (Por la segunda izquierda y como hablando con alguien dentro.) ¿El señor Soler?... ¿Ese caballero que?... (Dando un grito de sorpresa al ver á Federico.) ¡Ah!... (Saturnino vuelve á salir y vase por la segunda derecha.)

FED. *¿Tinch l'honor* de *parlá* con la mujer del *senyor* Tortosa?

NIEVES ¡Es asombroso!

FED. (Saludando.) *Senyora...*

NIEVES ¡No se mueva usted!... (En el colmo de la admiración.) ¡La misma nariz!... ¡Los mismos ojos!... ¡La misma boca!...

FED. (Sonriendo.) ¿De modo que el *seu marit...* vamos, su marido... y yo somos tan *semblachs?* tan...

NIEVES (No comprendiendo.) *¿Semblachs?*

FED. Tan *paresidos,* mujer, tan *paresidos.*

NIEVES ¡Ah!... ¿usted sabe que mi esposo?...

FED. *¡Ma noy qui* si lo sé!... Mire, ya seis meses

que resido en *Madrit*, y no puedo dar un *pas per* las calles, porque á todas horas *sento desir*: «¡Ahí va Tortosa!... ¡*Adeu*, Tortosa!...»

NIEVES Lo mismo que mi marido: «¡Ahí va Soler!... ¡Adiós, Soler!..»

FED. ¿El *també*? ¡*Ma noy*! *Cansat* ya de tantas *equivocasiones vi al anunsio* de un periódico las señas de *en* su marido y decidí visitarle, para *pusarnos d'acord*, y convenir los medios de evitar *novas confusions*... por ejemplo... que él se *afaité* el *bigot*, que se *deixe* la perilla...

NIEVES (Sin cesar de mirarle.) ¡Hasta sus gestos! ¡Vamos!... ¡es aterrador!... porque yo misma... ¡su propia mujer!...

FED. (Fingiendo asombro.) ¿De veras?

NIEVES Si no fuera por el modo de hablar... por el acento...

FED. ¿Pero, *l'u seu* marido no tiene *asento?* ¡Pobre *home!*

NIEVES (Toma el retrato de Federico, que está sobre la chimenea.) Aquí está su último retrato. Juzgue usted mismo.

FED. (Tomando el retrato.) *Grasias.* (Examinándole.) Sí que está *bé.*

NIEVES (Sonriendo.) ¿Opina usted?...

FED. *Molt bé* .. ¡Cosa rara! ¡Si *sembla* que *m'estich* contemplando en un *mirall!*

NIEVES Un *mirall?*

FED. Un *mirallo*. . vamos... un espejo... Mire, ¿sabe? la costumbre de hablar catalán... se me olvida que estoy entre gente *desgrasiada* que no lo entiende

NIEVES Es lo mismo. Conque ya ve usted... no es extraño que les confundan.

FED. Aseguro á usted que resulta muy *fatigós*... vamos, muy cargante no poder dar un paso...

NIEVES Sí, sí. También mi marido...

FED. Por mi parte, en cuanto un *desconosido hase intensión* de *asercárseme*, le grito desde lejos: ¡Mire, siga *noy!*... que no soy *aquell*... que soy yo.

NIEVES ¡Ay, cal allero! .. ¡Si supiera usted cuánto

me agrada, qué feliz me hace la idea de que existe usted verdaderamente!. .

FED. *¿Com* que yo existo *verdaderament? ¡Ma noy!*

NIEVES (Un poco avergonzada.) Sí, porque yo creía .. sospechaba .. Vamos... una de mis amigas, me había calentado la cabeza... (Llamando.) ¡Hortensia! (A Federico.) Perdone usted. (Acercándose á la segunda izquierda.) ¡Hortensia!

FED. (Con su voz natural.) (¡Bien decía Leopoldo! ¡Era su mujer!)

NIEVES ¡Hortensia!

FED. Ahora empieza el peligro... serenidad y aplomo.)

ESCENA IV

DICHOS y HORTENSIA. Luego MARIANEDA

HORT. (Entrando segunda izquierda.) ¿Me llamas?

NIEVES (Cogiendo á Hortensia de la mano é indicando á Federico.) Sí... ¡Mira!

HORT. (Con naturalidad.) Tu marido.

NIEVES (Palmoteando con alegría. A Federico.) ¡También le toma á usted por mi marido! Querida Hortensia, tengo el gusto de presentarte al señor Soler.

HORT. (Atónita.) ¿Cómo?

FED. (Saludando.) Viajante de la casa *Estruch y Rull* de *Barselona*. Calle de Raurich, 27, especialidad en peines, calcetines, betún y obleas. (Entrega á Hortensia una tarjeta.) *Míriselo* aquí.

NIEVES (Presentando á Hortensia.) La señora del doctor Marianeda, mi mejor amiga.

FED. (Saludando.) ¡Ah, *molt gust!...* (Hortensia saluda con una inclinación y hace después un gesto de extrañeza.) (¡Chúpate esa!) (Aparece Marianeda por el foro izquierda.)

NIEVES (Viendo á Marianeda.) (Tu marido... silencio, ahora verás...)

MAR. (Viendo á Federico.) ¡Calla! Federico... ¿ya estás de vuelta?

NIEVES (Palmoteando.) ¡También él!

HORT. No es extraño.

NIEVES (Presentando á Marianeda.) El doctor Marianeda.

MAR. Pero, señora, ¿nos va usted á presentar á estas alturas? (A Federico.) Oye, ¡qué corbatita más cuca!...

NIEVES (Presentando á Federico.) El señor Soler, de quien les he hablado al almorzar.

MAR. (Asombrado.) ¿Cómo? ¿Qué dice usted?

FED. Doctor... (Saludando.)

MAR. (Acercándose cada vez más á Federico.) Pero... pero... pero.. Dispense usted que le mire con tanta insistencia... desde el punto de vista patológico..

FED. Está usted dispensado, amigo, puede *mirarse* todo lo que quiera.

MAR. No he oído nunca hablar de un parecido tan completo, á no ser en las ciencias naturales... Por ejemplo, el *bacillus antracis*, que apenas se diferencia del *bacillus subtilis* y del *vibrion séptico*, de Pasteur.

FED. *Amos*, que yo soy el bribón ese, como si dijéramos, y *en* Tortosa el *Basilius*.

MAR. Eso es.

NIEVES (A Hortensia.) (¿Y ahora qué dices?... Ya ves que Soler no era una invención.)

HORT. (En voz baja.) (¡Sería demasiada audacia!) (Voz de Clara dentro)

NIEVES Mamá... (A Federico.) Aquí viene mi madre, caballero. No le diga usted quién es.

FED. (Sonriendo.) Bueno, ande. ¿Una *brometa*, ¿eh?

NIEVES ¡Chst!...

HORT. (¡Si yo pudiera!...)

FED. (Mirando á Hortensia.) (¡No me quita ojo'...)

ESCENA V

DICHOS y CLARA

CLARA (Por segunda izquierda.) ¿Se toma el café ó no se toma? (Viendo á Federico) Hola, querido yerno. (Se sonríe como en el primer acto.) ¿Ya se ha terminado ese almuerzo de negocios? (Federico sonríe, sin responder; Nieves y Marianeda

hacen esfuerzos para no soltar la carcajada. Solo Hortensia seria, no pierde de vista á Federico.) ¿Se han vendido muchos caloríferos? (Federico sigue sonriendo, sin responder. Igual juego por parte de Nieves y Marianeda.) ¿Te has vuelto mudo?... ¡Calla!... ¿y ese traje?... (Igual juego de los otros. Estupefacción de Clara. Al volverse, ve á Nieves y Marianeda, que acaban por reirse estrepitosamente.) ¿De qué te ríes?

NIEVES — De nada, mamá.

CLARA — ¿Y usted, doctor?

MAR. — De nada, señora.

FED. — (A Nieves, como excusándose y riendo.) ¡Voto *als dimonis!* Mire, no puedo más. ¡Me estallo de risa!.. Estamos abusando de la *pobreta... Ma noy.*

CLARA — ¿Cómo? ¿Qué dice este hombre?

NIEVES — (Presentando á Federico.) El señor don Bienvenido Soler.

CLARA — (Estupefacta.) ¿Qué?

NIEVES — Has caído en la trampa como Hortensia y el doctor.

FED. — *Vosté* me *desimulará*, señora, pero la *seba* hija, ha querido *emburlarse*, vamos, divertirse *un ratet*, ¿sabe?

CLARA — ¿Es decir, que usted...?

NIEVES — (Presentando á Clara.) Mi madre, la señora viuda de Vizcarrondo.

CLARA — ¡Es fantástico! ¡Dos cartucheras del mismo modelo!...

FED. — (Como haciendo memoria.) *Viscarrondo.. Viscarrondo...* ¿Sería usted parienta, por casualidad, del bravo coronel *Viscarrondo*?

CLARA — ¿Le ha conocido usted?

FED. — *¡Oi* qué *grasia!* si le *he conosido.* Serví á sus órdenes en Tarragona.

CLARA — Pues yo soy su viuda.

FED. — *¡Ma noy!* Me *en alegro...* digo... lo siento...

NIEVES — ¿De modo que ha conocido usted á papá? (A Hortensia.) Oye, ha conocido á papá.

HORT. — Ya oigo, ya oigo.

FED. — ¡Qué gran *soldat*, el coronel!... ¡Qué *corasón*

CLARA Y NIEVES — (Estrechándole la mano y emocionadas.) ¡Gracias, caballero, gracias!

HORT. (¡Como sea él, es más pillo de lo que yo creía!)

CLARA ¿Supongo que aceptará usted una tacita de café? (Federico se inclina.)

HORT. (Ah... ¡buena idea!... (Se acerca al velador, se sienta, toma una hoja de papel que introduce en un sobre y escribe la dirección. Nieves toca el timbre.)

FED. (Con voz natural, mirando de reojo á Nieves.) (¿Qué tramará Hortensia?)

CLARA (Indicando una silla á Federico.) Siéntese usted.

MAR. Un instante, doña Clara, un instante. Convengo efectivamente, con ustedes, en que el parecido con Tortosa es asombroso, pero, sin embargo, mi ojo clínico, reconoce en seguida ciertas diferencias que se escapan fácilmente á las miradas del vulgo.

FED. ¡Hombre! yo también he *pensao* que en cosas nos *desigualaremos.*

NIEVES (A Marianeda.) ¿Y en qué consisten esas diferencias?

MAR. En la conformación de la bóveda craneana, la disposición de la caja ósea, y la línea que va desde el epigastrio al raquis.

CLARA (Acercándose.) Déjeme usted examinar...

MAR. Eso salta á la vista (Le examinan detenidamente.)

HORT. (Ahora veremos.) (Nieves va á servir el café.) Llamando á Juana que entra por la segunda derecha. Aparte y en voz baja.) (¡Juana!)

JUANA (Señora.) (Hortensia habla un instante con ella, en voz baja, y le da la carta.) (¡Sí, señora!)

HORT. ¡En voz alta! ¿Entiendes? (Juana hace un signo afirmativo y vase por segunda derecha.)

CLARA (Con ingenuidad.) Pues yo no noto que la bóveda de este señor... (A Hortensia.) ¿y á tí qué te parece, Hortensia?

HORT. Por mi parte aun no he formado opinión definitiva.

FED. ¡De veras que lo siento! Habría tenido *especial complasensia* en conocer su opinión. ¿Conque *dise*, doctor, que la caja ósea?...

JUANA (Entrando por segunda derecha con una taza y la carta que le dió Hortensia. En voz muy alta.) ¡Esta carta para el señor Tortosa!

FED. (Volviéndose maquinalmente.) Venga.

HORT. (Lanzando una exclamación de alegría.) ¡Ah!...

FED. (Reprimiéndose vívamente al ver á Hortensia, y dirigiéndose á ella.) Venga usted acá, señora, y *mírese* bien y con *mes atensión* la caja ósea de un servidor. (Le presenta la cabeza como para que se la examine.)

HORT. (¡Falló el golpe!) (Mirandole.) Sí, sí...

FED. (Con voz natural.) (¿Qué te habías creído?)

NIEVES (A Juana.) Póngala usted en el despacho. (Vase Juana por la primera derecha.)

FED. (A Hortensia.) ¿Nota usted *diferensia? ¿Hoy que no?*

HORT. Como no está presente el señor Tortosa, es imposible comparar.

FED. (A Nieves, que le da la taza de café.) *Grasias.*

HORT. Yo lamento mucho que haya usted escogido para visitarle el día en que no está en casa. ¡Maldita casualidad!

FED. ¡Voto *als dimonis!* ¡*Ma noy!* Si yo habría sabido, mire... pues vengo ayer ó vengo mañana (Nieves sirve café á los demás personajes Juana vuelve á salir y vase segunda derecha.)

HORT. (Espera un poco.) Querida Nieves. El señor Soler arde en deseos de hacerte una petición.

FED. (¡Te veo venir!)

NIEVES ¿Cuál?

HORT. El permiso...

FED. (Continuando.) De esperar el regreso del *seu* marido! (Volviéndose á Hortensia.) ¿No era *eso*, señora?

HORT. Sí. (¡Es inexpugnable!)

FED. (¡Vuelve por otra!)

NIEVES Precisamentente iba á rogarle á usted..

FED. ¡*Ma noy!*... ¡Qué *coinsidensia!*... ¡*Ma noy*!

CLARA Tengo curiosidad por ver á los dos juntos..

NIEVES ¡Y yo!

MAR. ¡Y yo!

HORT. ¡Y yo!

FED. Más que yo, no, ¡caray!... y como casualmente hoy no tengo cita con ninguna *dona*... (Reprimiéndose.) ¡*Oi*!... dispensen... Los hombres solteros, ¡qué *diable*!...

NIEVES Sí, sí, ya sabemos. (Sonriendo.) ¿No almorzó-

usted hace mes y medio en Fornos... con una camarera?...

FED. (Fingiendo sorpresa.) ... Del café del Rubí.

NIEVES Y á los quince días... un lunes... en los Viveros...

FED. ¡*Ma noy*!... Con una viuda filipina.

MAR. (¡Vaya un tío con suerte!... ¡Mecachis!)

FED. ¿Pero cómo sabe?... Dígame... ¿cómo sabe?...

NIEVES Siempre por causa del parecido. Cartas anónimas, en las que me avisaban caritativamente que mi esposo...

FED. ¿Y usted ha podido creer que ese excelente señor Tortosa, ese *marit* modelo... (A Hortensia.) Sí, modelo... me he procurado *informasiones*. (A Nieves.) ¡Ah, señora, nunca me *en perdomaré*! Necesito presentar mis excusas al eminente inventor, á quien debemos el calorífero «Tortosa.»

NIEVES ¡Ah! ¿Usted también conoce?...

FED. ¿Que si *en conosco*? ¡*Ma noy*! Como que pienso comprarle uno.

NIEVES Entonces, mientras espera usted á mi marido, si quiere examinar los catálogos... (Llama al timbre.)

FED. Sí que los miraré *de* gusto.

NIEVES Pasará usted al despacho de su secretario.

FED. Mil *grasias*.

ESCENA VI

DICHOS y SATURNINO

NIEVES (A Saturnino que entra por la segunda derecha.) Saturnino, acompañe al señor Soler al despacho de don Leonardo.

FED. (Saludando.) Hasta después.

SAT. (Abriendo la puerta primera derecha.) Por aquí, caballero.

FED. *Grasias, noy*. (En el dintel de la puerta dirigiéndose adentro.) ¿Se puede?... (Oyese dentro á Leonardo decir: «Don Federico.» Federico entrando seguido de Saturnino.) ¡No, no, caramba! ¡No es él! ¡Soy yo! Bienvenido Soler, viajante de la casa

Estruch y Rull de Barselona; espesialidad en peines, *calsetines*, betún y obleas... (Saturnino toma el servicio de café y vase segunda derecha.)

ESCENA VII

NIEVES, HORTENSIA, CLARA y MARIANEDA

NIEVES (Que los ha seguido hasta la puerta. Riendo.) También Leonardo le ha confundido.

MAR. Resulta muy simpático Soler.

NIEVES Parece un infeliz.

CLARA (¡Qué extraño! Yo que no puedo sufrir á mi yerno, y en cambio por este individuo siento cierta simpatía...)

HORT. (A Marianeda.) Leopoldo.

MAR. ¿Qué quieres, pichona?

HORT. ¿No acabas esa carta para el ministro?

MAR. Tienes razón. Voy allá. (Vase segunda izquierda.)

CLARA (Consultando la hora.) ¡Anda, cerca de las tres! Voy á echar un vistazo á la cocina.

NIEVES ¿Otra vez?

CLARA ¿Qué quieres? ¡Tu cocinera no sabe hacer un flan. Cuando pienso que tú, la hija del coronel Vizcarrondo, tienes una cocinera que no sabe hacer el flan... (Saliendo por la segunda derecha.) ¡Cómo está el servicio!

ESCENA VIII

NIEVES y HORTENSIA

HORT. (Después de mirar á todas partes y ver que están solas. Rápidamente.) Ven aquí... pronto... una señal cualquiera.

NIEVES ¿Una señal?

HORT. Sí. Un signo particular de tu marido... por ejemplo... un lunar... ¿no tiene ningún lunar?

NIEVES Sí... del tamaño de un guisante.

HORT. ¿Dónde le tiene? (Nieves va á contestar y de pronto se detiene confusa y baja tímidamente los ojos sonriendo.) Bueno... ¿no hay alguno en un sitio menos... vamos... más visible?

NIEVES No. (Hortensia hace un gesto de contrariedad.) Pero, ¿por qué me lo preguntas?

HORT. Pues porque creo que tu marido...

NIEVES ¡Cómo! ¿Aun sospechas después de haber visto á Soler?

HORT. ¿Y si fuera el mismo?

NIEVES ¿Supones que se habría atrevido á presentarse bajo el nombre?... ¡estás loca!

HORT. Lo que es un parecido tan extraordinario...

NIEVES Pero si el mismo doctor ha notado ciertas diferencias...

HORT. Mi marido es simple.

NIEVES Además, si fuera mi esposo no habría solicitado esperarse á sí mismo.

HORT. Sí... es verdad... al principio me desconcertó. Pero tu marido es hombre de grandes recursos... y lo que tú crees una prueba, podría ser acaso un ardid más que apuntarle en su activo.

NIEVES Vaya, exageras. Comprendo que estarás despechada.

HORT. ¿Despechada? ¿Y por qué?

NIEVES ¡Toma! Porque tu especialidad ha sufrido un descalabro. El repertorio se te ha subido á la cabeza.

HORT. (Despechada.) ¡Ah!... ¿conque el repertorio? .. ¿conque yo?... No, no, calla... prefiero no contestarte. Me has dado veinticuatro horas. Faltan todavía veinte.

NIEVES (Riendo.) Eso es.

HORT. (Furiosa á sí misma.) ¡Hombre! ¡está bueno! ¿de modo que?... (Sigue hablando consigo misma á la derecha del proscenio, sin observar la entrada de Sanchidrián y de Rigoberta.)

ESCENA IX

DICHOS, SATURNINO; en seguida SANCHIDRIÁN y RIGOBERTA

SAT. (Por segunda derecha.) Pasen ustedes. (Entran Sanchidrián y Rigoberta.)

SANCH. (Con el reloj en la mano.) Las tres. Hora militar.

NIEVES Así me gusta.

SANCH. (Presentando.) Mi sobrina Rigoberta, viuda de Pérez.

RIG. (Saludando.) Señora

NIEVES (Presentando á su vez.) El comandante Sanchidrián. La señora de Marianeda.

RIG. (Avanzando vivamente y mirando á Hortensia.) ¡Calla! si no me equivoco...

HORT. (Sorprendida) ¡Rigoberta!

RIG. ¡Hortensia! (Se besan.)

NIEVES Ah .. ¿Se conocen ustedes?

HORT. Ya lo creo. Hemos estado juntas en Mondariz tres temporadas.

SANCH ¡Hombre!

HORT. ¡Y luego dicen que estas casualidades no ocurren más que en el teatro!

SANCH. ¡Qué vulgaridad! Miren ustedes, cuando fuí de guarnicion á Zaragoza, hubiera podido encontrarme con un capitán que se llamaba Felipe, como yo y que estudió conmigo. Bueno, pues no llegamos á encontrarnos.

NIEVES ¿Por qué?

SANCH. Porque se murió quince días antes. ¡Confesarán ustedes que es original la cosa!...

NIEVES (Riendo.) ¡Vaya! (A Rigoberta) ¡Cuánto celebro esta agradable coincidencia!...

SANCH Ya que están hechas las presentaciones me retiro.

NIEVES ¿Tan pronto?

SANCH. Sí. Un asunto particular. Tengo que ir á una agencia. . «La Escudriñadora»...

NIEVES (Riendo.) Ah... mamá me ha contado...

SANCH. (A Nieves, furioso.) ¡Le arrancaré la piel! ¿sabe usted? (A Rigoberta.) Rigoberta.

RIG. Tío.

SANCH. Te dejo con estas señoras, voy al ministerio para asuntos del servicio. (Saludando.) A los pies de ustedes.

HORT. (Idem.) Adiós, comandante.

NIEVES Que comemos á las siete.

SANCH. Seré puntual. (Viendo que Nieves se dispone á acompañarle.) No se moleste.

NIEVES Sí, comandante. ¡No faltaba más! (Vanse conversando por la segunda derecha.)

ESCENA X

HORTENSIA y RIGOBERTA

HORT. ¡Qué sorpresa!

RIG. ¿Conque tú casada?

HORT. Con un médico. ¿Y tú?

RIG. Viuda.

HORT. ¡Ay!... ¡pobre!...

RIG. ¿Qué quieres? (Con pena.) Ahora me veo precisada á dar lecciones de piano.

HORT. ¡Vaya!... ¿y tienes muchas discípulas?

RIG. Bastantes.

HORT. Pero como eres joven y bonita volverás á reincidir... te sonríes ¿eh?... ¿luego hay moros en la costa?

RIG. (Riendo.) En la costa, no, ya se han internado.

HORT. Cuéntame, mujer.

RIG. Uno... que me siguió en la calle muchos días.

HORT. ¿Y tú?

RIG. Al principio... no hice caso... después... hice como que me incomodaba... Le dije que estaba equivocado... que yo era una mujer honrada, que me ganaba el sustento dando lecciones de música, y que se fuera con la música á otra parte. ¿Querrás creer que tuvo el descaro de presentarse en mi casa?...

HORT. ¿Y qué?

RIG. Pues desde hace seis meses le doy lecciones

de piano. Me dice frecuentemente que me ama, que me adora, entre uno y otro estudio, que sin mí, nada es la vida para el, únicamente, cuando le hablo de matrimonio empieza á equivocarse y á dar acordes disonantes...

HORT. ¡Malo!... desconfía. ¿Cómo se llama?

RIG. Soler.

HORT. ¿Eh?... ¿Soler?... ¿Bienvenido Soler?

RIG. Sí.

HORT. ¿Con sus «mil *dimonis*» y sus «*ma noy* á todo pasto?

RIG. (Muy admirada.) Eso es... ¿le conoces?

HORT. (Vivamente.) Espera. (Toma el retrato de Federico que está sobre la chimenea.) ¡Mira!

RIG. ¡El, si... él es!... como no sea Tortosa...

HORT. Ah... ¿tú sabes?

RIG. Verás. Un día recibí un anónimo así concebido. «Señorita: El señor Soler la engaña. Ayer lunes á las tres de la tarde estaba en la Moncloa con una camarera de café.»

HORT. ¡Lo mismo!

RIG. Poco después otro anónimo. «Señora, ¿está usted ciega? El señor Soler fué anoche á Eslava con una viuda filipina.»

HORT. ¿Y aquella noche?

RIG. Precisamente daba conmigo lección de piano.

HORT. Y es claro, tú te preguntarías lo que significaba una broma de tan mal género.

RIG. Sí. Hasta que un día llega Soler furioso...

HORT. Le preguntas...

RIG. Y me cuenta que en la calle de Fuencarral, un desconocido se para delante de él, y tocándole familiarmente en el hombro...

HORT. (¡Exacto!)

RIG. ...Le dice... ¿cómo va, tunantón? «Perdone usted—contesta Soler—pero yo no le conozco...» ¡Qué guasón es este Tortosa, replica el otro. «Caballero que yo no me llamo Tortosa»... Se dan mutuas explicaciones...

HORT. (Vivamente.) Y el señor Soler sabe con estupefacción que se parece de un modo asombroso, extraordinario, sorprendente, á un

individuo llamado Tortosa, ¿no es verdad?

RIG. Justamente.

HORT. (Paseando agitada y gozosa por la escena.) ¡Ya es mío! ¡Ya es mío! ¡Ya es mío!

RIG. Pero mujer...

HORT. ¡Bribón, más que bribón!

RIG. ¿Qué te pasa?

HORT. ¿Qué me pasa? Pues por de pronto que estás en casa del señor Tortosa.

RIG. ¿Cómo? ¿ésta? (Comprendiendo.) ¿La hija de la coronela Vizcarrondo?...

HORT. Es la mujer de Tortosa. ¿No lo sabías?

RIG. No. Mi tío ignoraba su nombre.

HORT. (Prestando atención hacia la puerta primera derecha donde se oye ruido.) ¡Chst!... me parece que sale...

RIG. ¿Quién?

HORT. Pues... (Asaltándole de pronto una idea.) No.. mira... ocúltate un momento detrás del piano... y ni una palabra hasta que yo te haga señas. (Empuja á Rigoberta que se sienta al piano, quedando oculta por él.) ¡Ahora veremos si el repertorio se me ha subido á la cabeza!...

ESCENA XI

DICHAS y FEDERICO.

FED. (Por la puerta indicada simulando hablar con alguien que se supone dentro.) *Grasias, grasias*, señor. No se *incomodi*.

RIG. (Observando desde el piano,) (¿Soler aquí?)

HORT. (Muy afable y sonriente.) Señor Soler, ¿ha visto usted ya los catálogos?

FED. *Efectivament* señora. ¡Ah, *Ma noy! En* Tortosa es un *home llés*... amos... listo

HORT. Esa es mi opinión... *molt pillet*... según diría usted... pero como su ausencia podría prolongarse...

FED. ¿Vosté cree?...

HORT. Y como usted se impacientaría... (Sin ser vista de Federico hace señas á Rigoberta de que se acerque. Rigoberta baja poco á poco al proscenio.)

FED. *¡Quite usté*, señora!

HORT. He rogado á una de mis mejores amigas que nos acompañe. (Cogiendo á Rigoberta de la mano y presentándola.) Aquí la tiene usted.

FED. (Asombrado.) ¡Rigoberta!... (¡Y en mi casa!...)

RIG. (Sonriendo.) Buenas tardes, Bienvenido.

HORT. ¿Qué le parece la sorpresa?

FED. (Serenándose) ¡Emosionant!... Cá... ¡*Ma noy*! emosionante.

HORT. ¿Verdad que sí? Pues aun falta otra mejor.

FED *¿Un altra?*

HORT. Su tío ha llegado á Madrid.

FED (Con espanto) ¿Su tío?

RIG. Lo sabe todo, amigo Soler y ya puede usted pedirle mi nano.

FED. (Sobresaltado.) (¡Cuerno!) (Serenándose y fingiendo alegría.) ¡*Mi alegro*... de veras... *mi alegro* mucho!

HORT. (La procesión anda por dentro.) (Federico sofocado se enjuga la frente con un pañuelo. Entran por la segunda derecha Clara y Nieves.)

ESCENA XII

DICHOS, NIEVES y CLARA

FED. (¡Anda! ¡Ahora va á ser ella!)

NIEVES Perdone usted, Rigoberta.

FED. (¡Se conocían!...)

NIEVES (Presentando á Clara.) Mi madre.

RIG. (Saludando.) Señora ..

HORT. Llegan ustedes oportunamente.

FED. (¡Audacia, Federico!)

HORT. Tengo una gran noticia que comunicarles.

CLARA ¿Cuál?

HORT. Rigoberta se casa de nuevo.

NIEVES ¿Con quién?

HORT. Con...

FED. (Adelantándose sonriente.) Con *en* Bienvenido Soler...

NIEVES
CLARA } ¿Con usted?

FED. Conmigo, *es clá* conmigo, conmigo.

NIEVES Caramba, ¿y cuándo?

RIG. Aun no es oficial. El señor Soler esperaba la llegada de mi tío..

FED. Precisamente, la *arribada* de *en tío.*

HORT. Y al saber que el comandante estaba en Madrid, se ha puesto contentísimo...

CLARA (A Rigoberta.) Mi más cordial enhorabuena.

NIEVES (A Federico.) Felicito á usted.

FED. *Grasias, grasias.* (¡Ahora valor, y adelante!) (A Nieves.) Señora, lo *hu sento molt*... mucho, pero no *pug* esperar *mes* al señor Tortosa.

HORT. (¿Eh?)

FED. *Vosté* comprenderá lo *impasient que m'trovo* por *coneixer* al tío de *mi estimada* Rigoberta... y corro al hotel...

HORT. (Deteniéndole.) Es inútil.

FED. *¿Com?*

CLARA Porque le esperamos á comer.

FED. (Asustado.) ¿Aquí? *¿An aquí?*

NIEVES ¡Si es íntimo amigo nuestro!

FED. (Dominándose con dificultad.) ¿El comandante Sanchidrián... aquí?... ¡Mil de...!

HORT. ¿Qué le pasa, señor Soler?

FED. (Tranquilizándose y sonriendo.) Nada... la... sorpresa natural...

NIEVES Espero que nos acompañará usted á la mesa.

FED. (Excusándose.) Señora... yo...

TODAS (Las mujeres insistiendo y rodeándole.) Vamos, señor Soler...

FED. Bueno, *amos*, *acepto.* Unicamente *demando* á *ustés permís* para ir á *cambiarme* de ropa.

HORT. (¡Eso si que no!)

NIEVES Déjese usted de cumplidos..

FED. Oh, no, no... caramba... cuando *per* primera *begada* tiene uno *l'honor* de *dinar* con la viuda del *valente* coronel *Viscarrondo*, con la mujer del ilustre Tortosa, y con la esposa del célebre doctor *Manivela*...

NIEVES (Rectificando.) Marianeda... Marianeda.

FED. *Marianela*.. ¡*qué torpe*..! Vaya, que no me pongo yo en la mesa con esta facha...

NIEVES En fin, si se empeña usted...

HORT. (Furiosa.) (¿A que le deja?..)

FED. (Da un suspiro de satisfacción.) Señoras. (Saludando. A las *seuas ordes. Torno de seguida.*

HORT. (¡A esa Nieves la extrangulaba!) (Federico hace medio mutis. De pronto, y en el mismo momento de ir á salir, lanza un grito y queda inmóvil.)

FED. ¡Ay!...

TODAS (Volviéndose asustadas.) ¿Eh?...

FED. (Queriendo andar sin conseguirlo.) ¡Ay!...

CLARA ¿Qué es eso? (Acercándose.)

RIG. (Idem.) ¿Qué le pasa á usted, Bienvenido?...

FED. No sé... ¡ay!... en la *cama*. . vamos... ¡ay! (Tocándose la pierna derecha.) ¡Un dolor á la pantorrilla!... ¡Ay!... No puedo marchar...

CLARA Una silla.

TODAS Sí. (Toman corriendo cada una una silla y le presentan las cuatro.)

HORT. Una silla... pero no una sillería... (¡Qué gusto!) (Le sientan en una silla)

CLARA (Llamando á la segunda izquierda.) ¡Doctor, doctor! ..

FED. ¡Ay!... (¡En qué ocasión!..)

CLARA (Viendo entrar á Marianeda.) Venga usted, venga usted.

ESCENA XIII

DICHOS y MARIANEDA

MAR. ¿Qué pasa?

NIEVES Al señor Soler le acaba de dar un dolor repentino.

MAR. (Acercándose.) A ver, á ver, ¿en dónde?

FED. A la pantorrilla.

MAR. (Tocándole.) ¿Siente usted algo aquí?

FED. No.

MAR. ¿Y aquí?

FED. ¡Ay, ay, ay!

MAR. (Incorporándose.) Ya sé lo que es.

RIG.
CLARA } ¿Qué es?
NIEVES

MAR. Es un dolor.

CLARA ¡Toma!

RIG. Bien, pero...

MAR. ¡Calma!... Es un dolor causado por un mal paso... Lo que llamamos los prácticos *es guince.*

FED. (Tratando de levantarse.) Sí... creo que he dado un mal paso... ¡Ay!... (Cae de nuevo en la silla.)

HORT. (¡Y tan malo!)

RIG. ¿Y qué hay que hacer?

MAR. Sería conveniente acostarle.

FED. (Con terror.) *¿Poseurme á llit?* no, no.

MAR. Un *sinapismito* y unas tazas de manzanilla...

FED. No

MAR. ¿Por qué no? La posición horizontal se impone.

HORT. ¿Y cuánto suele durar?...

MAR. Según, hay casos que pasan en seguida... pero si es verdadero *esguince*... lo cual me temo... tardará cinco ó seis días...

FED. (¡Qué situación!)

MAR. (Reconociéndole.) Voy á ver si la columna vertebral...

HORT. Sí, sí... le quitaremos el chaquet.

FED. (Defendiéndose.) Señora. .

HORT. ¡Quieto! (A pesar de las protestas de Federico, le quitan entre todos el chaquet.)

FED. (¡Maldita mujer!)

HORT. (Registrando los bolsillos del chaquet.) Veamos.

CLARA Hay que acostarle.

NIEVES En la misma cama de mi esposo.

FED. ¿Eh?... ¡Ah... no, no, no! *Ma noy*, eso no...

MAR. Pronto. El sinapismo. Con mucha mostaza. (Clara, Nieves y Rigoberta, corriendo azoradas por la escena y unas á otras.) ¡Con mucha mostaza! Y la taza de manzanilla.

HORT. (Leyendo aparte varias tarjetas que toma de una cartera que estaba en el chaquet.) (Soler... Soler... ¡pero qué tuno!... Ni una de Tortosa.)

CLARA (A Nieves.) Vamos á la cocina.

RIG. Yo les ayudaré. (Vanse las tres segunda derecha.)

HORT. (Mirando sarcásticamente á Federico.) (¡Lo que es ahora no te vale para salir de aquí ni la bula de Meco!) (Vase por la segunda izquierda, llevándose el chaquet.)

ESCENA XIV

MARIANEDA y FEDERICO; luego SATURNINO

MAR. (A Federico.) Mañana, con un buen vomitivo...

FED. (Después de haberse cerciorado de que están solos.) ¡Idiota!... ¡Burro de carga!... ¡Cuádruple extracto de majadero!...

MAR. (Pasmado.) ¿Eh?...

FED. ¡Estúpido.

MAR. Señor Soler ..

FED. (Que ha recobrado su voz natural.) Pero hombre, ¿estás en Babia?

MAR. Ah.. esa voz... (Comprendiendo todo y admirado.) ¡Federico! .. (Se precipita sobre él, le coge la cabeza entre las manos y le examina el cráneo con interés.)

FED. ¡Gracias á Dios! ¡Sí, Federico!

MAR. ¡¡Federico!! ¡Luego Soler es Tortosa, y Tortosa es Soler!... (Como iluminado por una idea y dándose un golpe en la frente.) ¡Tu estratagema!

FED. Sí, pero fracasada.

MAR. ¡Llevar los líos por partida doble! ¡Eso se llama tener habilidad! ¡Yo, que en ese terreno cuento por los dedos!

FED. ¿Y tú quieres condenarme á estar seis días en mi propia cama?

MAR. ¡Hombre, yo...!

FED. Leopoldo. Las nubes se amontonan sobre mi cabeza. Si no quieres que cometa un crimen, ayúdame á salir de aquí.

MAR. ¿Cómo?

FED. ¡Yo que sé! Quita de enmedio á mi suegra, adormece a mi mujer, envenena á la tuya.

MAR. ¿No comprendes que sacarte de aquí sin decir *oste* ni *moste* es descubrir tu subterfugio?

FED. Pero, veterinario de mis pecados, mientras se halle aquí Soler, no puede volver Tortosa.

MAR. Pero, catalán de mi corazón, aunque Soler se fuera, Tortosa volvería cojeando y todos comprenderían...

FED. Es verdad... (Tocándose la pierna.) Aunque no...

mira... (Se levanta.) ya se me va pasando... casi no me duele... ya puedo andar... (Anda con algún trabajo.)

MAR. Entonces no era *esguince*... fué un calambre

FED. Ahora más que nunca. Mi chaquet... venga mi chaquet... venga mi chaquet...

MAR. Si se lo ha llevado Hortensia.

FED. ¿También eso?... ¡qué arpía!... Dame tu levita.

MAR. Hombre, ¿y yo?

FED. Dices que se te ha perdido, ó que la has mandado al tinte.

MAR. No me creerán.

FED. Tienes razón. Pues pídele á tu mujer...

MAR. ¿El chaquet? Ya no le suelta. Quiere detenerte. Por algo se lo llevó. Es capaz de esconderlo. ¿Pero tú no tienes aquí ropa?

FED. Las llaves de todo están en poder de Nieves.

MAR. No le des vueltas. Aunque digas que ya estás bueno, aunque pretendas salir con tu chaquet ó con otra prenda, mi mujer, por lo visto, sospecha y lo impedirá. Esta vez te ha pescado.

FED. (Como ocurriéndosele una nueva idea.) No. Todavía no. Soler saldrá de aquí sin salir y Tortosa volverá sin volver.

MAR. ¿Cómo?

FED. (Sacando una llave del bolsillo.) Toma esta llave. Vete corriendo á la calle del Arenal, número cincuenta y ocho, tercero izquierda. Es el cuarto que tengo alquilado con el nombre de Soler. Encontrarás en la alcoba el traje que yo llevaba al salir de aquí esta mañana. Me lo traes todo... Anda á escape, está aquí al lado, pero ten precaución al volver, no sea que te sorprendan.

MAR. ¿Y luego, qué vas á hacer?

FED. Ya lo verás. Anda.

MAR. ¿Y si mi mujer me ve salir y pregunta?...

FED. Le dices que vas á la botica y que me dejen dormir tranquilo hasta tu vuelta.

MAR. Bueno, mira, abrígate con este tapete mientras vienen, que te vas á constipar. (Toma el tapete de un velador y se lo ofrece á Federico.)

FED. Trae. (Se pone sobre los hombros el tapete y se sienta en una de las butacas.)

MAR. (Escuchando en la segunda derecha.) ¡Cuidado!... ¡que viene alguien!... aparenta dormir.

SAT. (Entrando. A Marianeda.) Vengo á ayudarle para que acostemos al señor.

MAR. (Indicando á Federico que aparenta dormir.) ¡Chist! Todavía es pronto. Luego. Yo voy á la botica. Dejen ustedes dormir al señor Soler hasta mi vuelta. No le despierten, que está muy mal. (Vase por la segunda derecha.)

ESCENA XV

FEDERICO, SATURNINO. Después. CLARA. Luego NIEVES

SAT. (Mirando á Federico.) Está hecho un tronco. ¡Pero qué barbaridad, cómo se parece al amo! ¡Ni que fueran gemelos!

CLARA (Entrando segunda derecha.) Vamos. ¿Qué esperan ustedes? ¡Ah!... ¿se ha dormido?

SAT. Sí, mi coronela. El doctor, que acaba de ir á la botica, ha recomendado mucho, que no le despierten hasta que vuelva él.

CLARA Entonces, dejémosle dormir al pobrecillo.

FED. (¡Qué buenos sentimientos!)

CLARA Oye, ¿has registrado ya la ropa de mi yerno?

FED. (¿Qué?)

SAT. Sí, mi coronela. Como todos los días.

FED. (¿Registran mi ropa? ¿Por qué será?)

CLARA ¿Y no había nada?

SAT. Nada.

CLARA ¡Es chocante! ¡Pero ese *chisgarabís*, acabará por dejarse cualquier día alguna carta de mujer, y entonces!...

FED. (¡Esto es un sueño... una pesadilla!...)

CLARA Le araño, y en seguida le pongo de patitas en la calle.

FED. (¿Y yo he salvado á esta bruja?)

CLARA Tiene suerte, Saturnino.

SAT. Déjele usted. Ya caerá. (Aparece Nieves por la segunda derecha.)

CLARA (A Nieves indicando á Federico.) ¡Chist!... está durmiendo. Ven, Saturnino, ayúdame á sacar la vajilla de plata. (Vanse los dos, segunda izquierda.)

ESCENA XVI

FEDERICO NIEVES después. LEONARDO

NIEVES (Mirando á Federico.) ¡Pobre Soler!... ¿Sufrirá mucho ahora? (Aparece Leonardo por la primera derecha.) (¡Leonardo!) (Federico los observa.)

LEON. (Acercándose á Nieves.) Nieves, está usted sola?

NIEVES (Indicando á Federico.) ¡Chist! El señor Soler descansa. ¿Sabe usted lo que le ha ocurrido?

LEON. Sí; me lo ha contado Juana.

NIEVES Mírele usted bien ahora. ¿Verdad que es la misma cara de mi esposo?

LEON. (Mirando á Federico.) ¡Tan feo y tan antipático como él!

FED. (¡Canastos!)

NIEVES (Ofendida.) ¡Don Leonardo!

LEON. (Con lirismo.) ¡Ah, Nieves! ¡Aurea y alabastrina Nieves! ¡Si usted supiera cuán feo y cuán repulsivo se encuentra al esposo de la mujer amada!

FED. (Estupefacto.) (¿Qué?)

NIEVES Don Leonardo, le prohibo á usted que me hable así.

LEON. ¡La adoro á usted... la idolatro!... (Trata de cogerla una mano Federico se mueve convulsivamente en la butaca conteniéndose á duras penas.)

NIEVES Basta. Déjeme. Soy una mujer honrada.

LEON. Pues miel sobre hojuelas.

FED. ¡Canalla!

LEON. ¡Ah!... no. La hora de las vacilaciones ha transcurrido. Escúcheme; esta tarde, á las siete, detrás del Ministerio de Fomento, la esperaré en un carruaje... un simón, como el de nuestro último paseo.

FED. (¡Se han paseado!)

NIEVES ¡Nunca! No espere usted...

LEON. (Queriendo abrazar á Nieves.) ¡Si es que te amo!...

¡Si es que te adoro!... ¿entiendes? (Federico salta de su butaca para precipitarse sobre los dos Al levantarse empuja la butaca que cae al suelo. Nieves y Leonardo se vuelven al oir el ruido y lanzan un grito de sorpresa viendo en pie á Federico.)

NIEVES } (A un tiempo.) Se despertó.
LEON. } ¡Cuerno!

(Vase corriendo Nieves por la primera izquierda.)

FED. (Mirando á Leonardo.) (¡Y no poderle ahogar sin descubrirme!)

ESCENA XVII

FEDERICO y LEONARDO

LEON. (Abotonándose la levita con aire de matón y avanzando hacia Federico hasta hablarle en su misma cara.) Caballero. Oiga usted bien, y hágase cargo de mis palabras. (Con brío.) Si tiene usted la desgracia de contar algo de lo que ha visto al señor Tortosa, ¡le mato á usted como á un perro!...

FED. (Con acento catalán.) ¿Como á un *gos?*

LEON. ¡Como á un perro! (Saliendo por la primera derecha.) (No dirá nada.) (Vase.)

ESCENA XVIII

FEDERICO, luego MARIANEDA

FED. (Enseñando los puños hacia la puerta por donde salió Leonardo.) Ah... no perderás nada por esperar... (Cruzándose de brazos.) ¿De modo, que esto es lo que pasa en mi casa?...

MAR. (Entrando muy sofocado por la segunda derecha con un paquete liado bajo el brazo.) Aquí estoy.

FED. ¡Por fin!

MAR. (Cayendo rendido en una silla, soplando y abanicándose.) ¡Ay, Federico!... si tú supieras!

FED. (Distraído.) Cuando le diga á Nieves ¡lo sé todo!...

MAR. ¿Sabes que ha ardido tu cuarto de la calle del Arenal?

FED. ¿Qué me dices?

MAR. Pues digo que si sabes que ha ardido tu cuarto de la calle del Arenal.

FED. (Cayendo abrumado sobre el «pouf».) ¡Ardido!

MAR. Sí El inquilino de debajo tenía un calorífero Tortosa que ha incendiado el techo.

FED. (Aterrado.) ¡Y ha sido mi propio calorífero!

MAR. Cuando llegué lo estaban apagando.

FED. Pero ¿y mi ropa?

MAR. Prometí cien pesetas de recompensa á los bomberos si subían á buscarla. (Mostrando el paquete.) Y aquí está.

FED. Ah... respiro. (Toma el paquete.)

MAR. Ahora escucha. Por el camino reflexioné, y creo haber encontrado un medio para sacarte de este lío.

FED. ¿Sí? ¿Cuál?

MAR. Que le confieses todo á tu mujer.

FED. Bonito medio. Para que ella acepte lo del *simón*.

MAR. ¿Qué simón?

FED. Detrás del Ministerio de Fomento...

MAR. ¿Fomento?... ¿Te has vuelto loco?

FED. Me volveré... Mi cabeza está ardiendo... ¡aire! Abre ese mirador...

MAR. Voy. (Se dirige á abrir.)

FED. Ahora necesito deshacerme de Rigoberta, ¿pero cómo?... ¿cómo?...

MAR. (Que ha abierto, lanzando una exclamación.) Miss Arabella... asomada al balcón...

FED. (Miss Arabella... sí... es el mejor medio...)

MAR. Anda... ¡me saluda! (Se pone á saludarla y á hacer señas.)

FED. Disfrazando mi letra. (Se sienta ante el velador y se pone á escribir.) «Adorado Bienvenido...»

MAR. Me parece que me ha guiñado el ojo izquierdo. . (Sonríe y sigue haciendo gestos.)

FED. (Terminando la carta.) «Tuyo siempre mi corazón, mi alma, mi vida...» (Firma y dobla la carta.) Ya está. ¡Leopoldo!

MAR. (Acercándose.) ¿Qué quieres?

FED. Mira Yo pongo aquí esta carta. (La deja en el

suelo en el centro de la escena) Ahora tú sales al pasillo y gritas. «Vengan ustedes... ¡que se ha escapado Soler!»

MAR. Pero hombre... va á acudir todo el mundo...

FED. Precisamente para eso. Les dices que me sentía ya bien. Que me he marchado á pesar de tu oposión habiéndoseme caido esta carta del bolsillo.

MAR. No comprendo.

FED. Vamos... ¿gritas ó no?

MAR. Bueno. (En el dintel de la segunda derecha.) ¡Vengan, vengan ustedes!... ¡se ha escapado Soler!

FED. (Abriendo las vidrieras del mirador.) Ahora Dios sobre todo. (Se mete en el mirador con el tapete y el paquete y cierra.) (1)

MAR. ¡Nieves!. . ¡Doña Clara!... Que se ha solido esca... (Rectificando.) ¡Que se ha escapado Soler! (Volviéndose á la escena.) Te aseguro que no comprendo... ¡uy! ¡Se ha evaporado!... ¡Este hombre es hasta espiritista! (Volviendo á la segunda derecha.) ¡Soooler escapado!...

ESCENA XIX

FEDERICO (oculto), MARIANEDA, HORTENSIA, RIGOBERTA y JUANA

RIG. ¿Qué pasa?

MAR. Soler se acaba de marchar.

HORT. ¿En mangas de camisa?

MAR. No. (¿Qué digo yo?) Con mi capa.

HORT. (Furiosa.) ¿Y tú le has dejado irse?

MAR. Como se sentía mejor, aunque quise detenerle... luchamos... pero... mire... Esta carta se le ha caído del bolsillo en la refriega.

HORT. (Cogiéndola con ansiedad.) ¿A ver? (La coge y lee.)

MAR. (Mirando hacia el mirador.) (¡Vaya si me guiñó el ojo! Mi mujer sólo se ocupa de Federico... ¡Qué ocasión tan propicia! ¡Ahora ó nunca!

---

(1) Puede el actor pasar al interior del foro para vestirse.

Yo voy á su casa... ¡Valor!... como dice Federico. *Audaces fortuna juvat.* (Vase de prisa sin ser visto por la segunda derecha.)

ESCENA XX

DICHOS menos MARIANEDA

RIG. ¿Qué dice?

HORT. (Leyendo.) «Adorado Bienvenido: No olvides que te espero el lunes catorce á las tres y media. Me estremezco al pensar que voy á verte á mi lado. Tuyo es mi corazón, mi alma, mi vida. Miss Arabella.»

JUANA ¡Calla... la vecina!

HORT. ¿Dónde vive?

JUANA (Indicando.) Aquí en frente. En el doce.

RIG. ¡Miserable! ¡Tenía otra! (Mira el reloj.)

HORT. Ha ido á su casa.

RIG. (Furiosa, arrebatando la carta á Hortensia.) ¡Dame ese papel, voy á arrojárselo á la cara ahora mismo!

HORT. Sí, vamos. Te acompaño, Juana. Nuestros sombreros. En seguida. (Vase Juana segunda izquierda.)

RIG. ¡Bribón!... ¡Por eso se equivocaba al hablarle de matrimonio!...

HORT. No, no era por eso. Ya es hora de que lo sepas. ¡Soler está casado!

RIG. ¿Casado?...

HORT. Además, Soler y Tortosa son uno mismo. (Sale Juana con los sombreros.) Estoy segura. (Se ponen los sombreros.) Es necesario desenmascararle

RIG. ¿Y cómo?

HORT. Ya lo verás. Por de pronto evitemos que se escape. ¡Ah, señor Tortosa! Le perseguiré en sus madrigueras, y no me separaré de usted hasta que logre aplastarle y confundirle. ¿Vamos?

RIG. Vamos. (Vanse seguidas de Juana por la segunda derecha.)

ESCENA XXI

FEDERICO solo. Después SATURNINO. Pequeña pausa. Se abren las vidrieras del mirador y Federico asoma la cabeza

FED. ¡Se han ido!... ¡Gracias á Dios!... (Sale del mirador y vuelve á cerrar. Lleva puesto el traje del primer acto, pero la ropa se encuentra en un estado lamentable. El faldón derecho de la levita está quemado, faltando trozos de tela y viéndose los forros en algunos puntos. Lo mismo ocurre en el chaleco y en una pierna del pantalón, así como en la parte trasera del mismo, viéndosele los forros cuando se vuelve. Si el actor no tuviese tiempo de ponerse todas las prendas mientras se supone estar en el mirador, puede al salir á escena acabar de vestirse, poniéndose en ella el cuello de la camisa, la corbata, etc. Pero las prendas quemadas deberá sacarlas ya puestas.) Entre los tiestos y las cortinas, creo que no me habrán visto los transeuntes... ¡Qué apuros he pasado para vestirme ahí dentro!... ¡y medio á oscuras! (Viendo el estado del traje.) ¡Hombre!... ¿cómo ha sido esto? ¡El pantalón quemado! ¡la levita con un faldón de menos! ¡Pobres víctimas de mi calorífero!.. (Aparece Saturnino por la segunda izquierda. Con rabia.) ¡Ah... Saturnino!

SAT. ¡El amo! (Le mira sorprendido al verle el traje.)

FED. Dile á don Leonardo que deseo hablarle.

SAT. Está bien. (Se dirige á la primera derecha.)

FED. En seguida recoges tus bártulos.

SAT. ¿Mis bártulos?

FED. Y si dentro de una hora no estás en la calle, te tiro por el balcón.

SAT. Pero, señor, ¿yo qué he hecho?...

FED. ¡Largo! pero pronto, ¡largo de aquí!

SAT. Bueno, bueno. (Vase por la primera derecha.)

ESCENA XXII

FEDERICO. Luego LEONARDO

FED. ¡Ahora verás, poeta *chirle*, timador de honras!

LEON. (Saliendo seguido de Saturnino, que se va por segunda derecha.) ¿Me llama usted?

FED. Vaya usted á la Caja.

LEON. (¡El ascenso!) Lleva usted un poco descosido el traje...

FED. Y dígale al cajero que liquide su cuenta con usted.

LEON. (Asombrado.) ¿Cómo?

FED. Usted no tiene sentido común, y sus versos son estúpidos.

LEON. Ese calificativo... caballero, sepa usted que yo lo versifico todo con pie forzado.

FED. ¿Sí? (Furioso.) Pues versifique usted con éste. (Le va á dar un puntapié, y al hacerlo, lanza un grito de dolor quedándose con la pierna en el aire.) (¡Ay... todavía me resiento!...)

LEON. (Furioso.) Señor Tortosa. Si la trayectoría comenzada á describir por esa pierna hubiera llegado á su término, sé muy bien qué región tendría yo dolorida. Después del puntapié moral que acabo de recibir, no extrañará usted...

FED. Sí, sí. Espero sus testigos... pero los espero á las siete, en un coche, detrás del Ministerio de Fomento.

LEON. (Desconcertado.) ¡Oh!...

FED. (Hablándole en la misma cara.) ¿Oye usted?

LEON. (¡Soler me ha hecho traicion!...) Basta, señor mío Hablaremos de esto cuando yo haya matado á Soler. (Vase con arrogancia por la segunda derecha.)

ESCENA XXIII

FEDERICO. Después CLARA

FED. Pues voy á esperar sentado.

CLARA (Por la segunda izquierda.) ¡Mi yerno! (Se sonríe.) ¡Ay, qué traje!...

FED. (Acercándose á ella con energía.) ¡Señora viuda de Vizcarrondo! En el primer tren, se va usted á marchar á Sevilla.

CLARA (Asombrada.) ¿Para qué?

FED. Para arrojarse al Guadalquivir, con orden expresa de ahogarse definitivamente.

CLARA ¿Pero qué dices?

FED. ¡Qué á mí no me registra usted más los bolsillos!...

CLARA ¿Sabes?

FED. Eso y otras muchas cosas.

CLARA Bueno. ¡Pues sí! ¡Te odio! Me has robado á mi hija.

FED. (Amenazándola.) ¡Al Guadalquivir!

CLARA (Gritando.) ¡Ay!... ¡me has levantado la mano!... ¡Nieves, Saturnino!... (Vase corriendo por segunta izquierda.)

ESCENA XXIV

FEDERICO. En seguida MARIANEDA. Luego HORTENSIA

FED. ¡Pantera!...

MAR. (Entra por la segunda derecha como una bomba, el aspecto extraviado, sin sombrero, la corbata desecha y el pelo en desórden.) ¡Me pescó!

FED. ¡Leopoldo! ¿Qué es eso?

MAR. (Cayendo abrumado en una silla.) ¡Nunca podré echar una canita al aire... nunca!

FED. ¿De dónde vienes?

MAR. Apenas llegué á casa de Miss Arabella...

FED. (Con asombro.) ¿Pero has ido?...

MAR. Sí. Estábamos hablando en el recibimiento, cuando de pronto, un campanillazo y ¡zás! mi mujer.

HORT. (Dentro.) ¡Leopoldo! ¿dónde está?

MAR. (Aterrado, dando un salto.) ¡Me ha seguido! (Entra Hortensia por segunda derecha con el sombrero de Marianeda en la mano. Marianeda da un grito y vase corriendo por la segunda izquierda.)

HORT. (A Federico.) ¡Ah!... ¿usted?... ¡ya nos veremos!.. (Precipitándose en persecución de Marianeda.) ¡Pillo!... ¡tunante!.. (Vase segunda izquierda.)

ESCENA XXV

FEDERICO. NIEVES después. CLARA

NIEVES (Por primera izquierda.) ¿Qué gritos son esos?

FED. Mi mujer. (Cogiéndola por un brazo.) Escuche usted, señora.

NIEVES ¡Federico!

FED. Al entrar, hace un momento, me he cruzado en la escalera con el señor Soler, (Con voz terrible.) el cual me ha impuesto de lo que ocurre entre usted y mi secretario.

NIEVES (Aterrada.) ¡Dios mío, te ha dicho?...

FED. Todo... todo... ¡infame!

NIEVES ¡Te juro que no soy culpable!... si no te lo dije, fué porque creí que tu me engañabas.

FED. ¿Yo?... ¿yo?.. (Con un gesto trágico.) ¡Ah!... ¡sea usted un hombre morigerado... un marido modelo, que desde que se casó no tiene que arrepentirse de nada!... ¡de nada!... ¡de nada!. ¡Vaya usted á instalar caloríferos á riesgo de quemarse... de achicharrarme... (Mostrando su ropa.) para saber, por un extraño, que su mujer se pasea en *simón* con don Leonardo.

NIEVES (Sollózando.) Federico... ¡perdóname!

FED. ¡De rodillas!

NIEVES Sí (Cae de rodillas.)

FED. Júrame que no volverás á suspechar de mí.

NIEVES Te lo juro.

FED. ¿Reconoces que soy el marido más fiel?
NIEVES Lo reconozco.
FED. (Algo se pesca. Esto marcha.)
CLARA (Entrando por segunda izquierda.) ¿Mi hija á los pies de...? (Nieves se levanta.)

ESCENA XXVI

DICHOS y SANCHIDRIÁN. Después MARIANEDA y HORTENSIA

SANCH. (Por la segunda derecha.) ¡Al fin!... ¡al fin!... ¡ya le tengo!... (Encarándose con Clara.) He estado en la Agencia y me han dicho el nombre del que me cruzó la cara... (Volviéndose á los otros personajes.) ¿Saben ustedes?
NIEVES Señor Sanchidrián...
FED. (¡Diablo... el tío de Rigoberta! ..)
SANCH. (Muy excitado á Nieves,) ¡Necesito su piel! (A Federico.) Le voy á arrancar la piel... ¡ah!... ¿este señor...
FED (Vivamente.) Le advierto á usted que yo no soy Soler, ¿eh?... soy Tortosa.
SANCH. (Dando un salto) ¿Tortosa? ¿Federico Tortosa?
FED. El mismo.
SANCH. ¡Ah!... ¿conque tú eres Tortosa? (Le suelta una bofetada.)
NIEVES } ¡Comandante! (Clara sujeta á Sanchidrián y Nieves
CLARA } á Federico.)
SANCH. (A Clara.) ¿Pero no comprende usted que este es el hombre?... (A Federico.) ¡Ah!... ¿eras tú quien me la pegaba con Lucrecia?
NIEVES ¿Con Lucrecia?
CLARA (A Sanchidrián.) ¡Calma!
FED. (¿Para cuando son los rayos?)
NIEVES ¡Era mi marido!
CLARA ¡Era mi yerno!
SANCH. (Soltándose de los brazos de Clara.) Ahora voy á buscar á Soler para que me sirva de testigo. (Se dirige á coger su teresiana que dejó en una silla. En el mismo momento aparece por la segunda izquierda Marianeda corriendo desatinado y seguido de Hortensia, que blande su bastón y su sombrero.)

MAR. ¡Socorro!

HORT. ¡Mujeriego!... ¡Calavera!.. ¡Impúdico! (Marianeda se deja caer sobre una butaca. Sanchidrián contiene á Hortensia. Nieves sujeta á su marido. Clara, cruzada de brazos, contempla la escena.—Telón)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores

ESCENA PRIMERA

FEDERICO, MARIANEDA. Después SATURNINO. Al levantarse el telón, la escena se halla medio á oscuras. Las maderas del mirador están cerradas así como las puertas. Federico duerme profundamente, sentado en una butaca con los pies puestos sobre una silla. Marianeda está acostado sobre un sofá. Federico ronca estrepitosamente. Marianeda se agita sobresaltado y molesto por los ronquidos de Federico, durante algún tiempo silba y castañetea la lengua como si azuzara un caballo.

MAR. (Incorporándose.) Dicen que así se callan, pero ¡quiá! es inútil. Toda la noche roncando de esa manera... Hace más ruido que un automóvil... ¡Me crispa los nervios!... (Llamándole.) ¡Federico!... ¡eh!... (Llamándole.) ¡Federico!... ¡Federico!... (Federico lanza un ronquido más fuerte, como el que se va á despertar.) ¿No podrías roncar con un poquito más de consideración? ¡Que vas á enfermar de los bronquios! ¡Federico!

FED. ¿Eh?... ¿qué?... (Bostezando.) ¡Caramba! ¡Qué bien he dormido!...

MAR. (Con envidia y asombrado.) ¿Pues no dice que ha dormido?.. ¿has logrado dormir?... ¡Hombre, se necesita frescura y despreocupación!

Después que nuestras mujeres nos han dado en las narices con las puertas de sus respectivas alcobas!...

FED. (Desperezándose.) Esa no es una razón para no dormir. Todo lo contrario ¿Y tú? ¿No has dormido nada?...

MAR. Apenas he podido dar algunas cabezaditas. ¡Y qué cosas he soñado! ¡Vaya una pesadilla! Miss Arabella se me apareció vestida de gasa... pero con muy poca gasa...

FED. ¿A eso lo llamas una pesadilla?... si acaso una *ligerilla.*

MAR. De ropa. Tienes razón. Pues verás. Iba á acercarme á la Miss, cuando siento que me tiran de los pies.

FED. (Sonriendo.) ¿Y era Hortensia?

MAR. Sí. Mi mujer. Tiraba. . tiraba... y mis piernas se alargaban... como telescopios... hasta que los pies desaparecieron en el horizonte.

FED. (Riendo.) ¡Qué infelizote eres, Marianeda! Oye, á todo esto, ¿qué hora será? (Marianeda se levanta y va á abrir el mirador. Dia completo en la escena.)

MAR. (Mirando el reloj.) Las diez (Volviendo al proscenio.) Y no te puedes figurar lo desagradable que resulta, el ver cómo desaparecen los pies de uno en el horizonte. Yo pensaba en sueños: «Lo que es si no se me alargan también los brazos, ¿cómo me voy á arreglar luego para ponerme las botas?»

FED. Mira, puesto que estás cerca del timbre, ¿quieres llamar para que venga Juana?

MAR. Sí. (Llama.) ¡Mecachis! ¡Cómo me duele la cabeza!

FED. ¿De modo que las diez? Sanchidrián ha debido recibir indudablemente...

SAT. (Entrando por la segunda derecha sin ver á Federico y dirigiéndose á Marianeda.) ¿Llama el señor Doctor?

MAR. Sí, Saturnino, pero es por encargo de tu amo. (Indicando á Federico.)

FED. (Asombrado.) (¿Cómo?.. ¡Saturnino!...)

SAT. (¡Ah, estaba el señor!...)

FED. (¿Todavía no se ha marchado?...)

SAT. (La coronela me ha dicho: Si mi yerno te dirige la palabra...)

FED. Escucha, Saturnino.

SAT. (...encógete de hombros y vete sin contestar.)

FED. Te dije ayer que no quiero verte más en esta casa ¿Cómo estás aún aquí?... (Saturnino, sin contestar, se encoge de hombros y vase desdeñosamente por la segunda derecha. Furioso.) ¡Habrase visto descaro! ¿Pues no se va sin...? (Quiere precipitarse sobre Saturnino pero Marianeda se lo impide.)

ESCENA II

DICHOS. Después JUANA

MAR. ¡Calma, Federico!... ¿No comprendes que ya no tienes autoridad para reprender ni aún á los criados? ¡En bonita situación estás! ¡Puedes echar broncas!

FED. ¡En qué situación!

MAR. En la misma que yo por el pronto. ¡No es muy divertida que digamos!

FED. Vaya, lo de siempre. Tú me supones perdido, desconcertado, pulverizado, ¿no es verdad? ¡Ah, Marianeda! ¿Cuándo conocerás á Tortosa? *Fluctuat nec mergitur.*

MAR. Sí, sí, vente con latines.., ¿eso querrá decir que vacilas pero no caes? ¿eh?

FED. Aproximadamente.

MAR. Bueno, pues yo te pregunto también en latín ¿y *Lucrecian Leganitorum?* ¿y *Sanchidrianis comandantorum?*

FED. ¡Qué niño eres!... ¿Sanchidrián, dices?... No me preocupa.

JUANA (Por la segunda derecha.) ¿Llamaban los señoritos?

FED. Sí. Escucha. ¿No ha venido aún el comandante Sanchidrián?

JUANA No señor.

FED. Está bien. Así que llegue me avisas.

JUANA Bueno, señorito. (Vase segunda derecha.)

MAR. Pero... pero, vamos á ver... ¿Tú esperas á Sanchidrian?... querrás decir á sus testigos...

FED. Nada de testigos. Le espero á él para recibir sus excusas.

MAR. (Asombrado.) ¿Sus excusas?

FED. Sí, Leopoldo, sí,... sus excusas. Dentro de una media hora... pongamos tres cuartos de hora á lo sumo, el comandante Sanchidrián vendrá aquí á disculparse por haberme abofeteado, por haberme acusado injustamente, y mi mujer se arrodillará arrepentida ante mí por segunda vez.

MAR. (Aturdido.) ¿Es decir?... ¿es decir que ya has encontrado algun medio ingenioso para salir de este apuro tan grande?

FED. Sí.

MAR. (Con admiración.) ¡Eres monumental!... ¡Eres imponente!... ¡Si en vez de hombre llegas á nacer sustancia química, serías inatacable por los ácidos!...

FED. ¿Te figuras quizás que después de la escena de ayer, cuando Nieves se encerró en su habitación sin querer recibir explicaciones?...

MAR. Lo mismo que mi mujer. Se negó á escucharme *herméticamente*.

FED. ¿Yo me estuve con los brazos cruzados como tú, lamentando mi mala suerte? ¡Qué tontuna! Eso es bueno para un tímido é inocente Marianeda, pero no para un maquiavélico Tortosa. (Con fatuidad.) El pararrayos está dispuesto, y puedo burlarme impunemente de la tormenta.

MAR. Dime, ¿cuál es el pararrayos de que dispones ahora?

FED. Ah... he tenido que cortar por lo sano. A grandes males grandes remedios.

MAR. Bueno, ¿y yo?

FED. ¿Tú?

MAR. Naturalmente. ¿Es que no has pensado más que en salvarte tú? ¿Me vas á dejar en el atolladero en que me has metido?

FED. ¿Cómo que yo te he metido?...

MAR. Claro está. ¿No fué por causa de tu maldita carta?...

FED. (Interrumpiéndole.) No, no, perdona. ¿He sido yo quien te ha aconsejado visitar á la inglesa?

MAR. (Suplicante.) Federico... magnánimo Federico... caritativo Federico... filantrópico Federico, piensa en que la parte de tormenta que me corresponde, me coge sin un mal paraguas. Tú tienes un pararrayos, ¿no podrías colocar otro para mí?... Aunque sea pequeño... un pararrayitos.

FED. Eso es muy cómodo. Caliéntate los cascos. Busca tú como hice yo. Pero no, en vez de buscar...

MAR. (Protestando.) Ah.. ¿crees que no he buscado? Pues te equivocas. Mientras tú roncabas anoche, ¿sabes lo que yo hacía? (Con arrogancia.) Maullar como los gatos á la puerta de la alcoba de mi mujer. (Imita el maullido del gato.)

FED. (Asombrado.) ¿Maullar? ¿Para qué?

MAR. Porque yo pensaba: creerá que es el gato, abrirá, y cuando me vea de rodillas, arrepentido y con una vela en la mano, me perdonará. He maullado divinamente durante una hora.

FED. ¡Me inspiras lástima! ¡De rodillas! ¡Arrepentido! ¡Eso no se hace nunca!.. ¡Eso no se confiesa jamas!..

MAR. ¡Pero si me pescó! ¿Cómo quieres que justifique mi presencia en casa...

FED. ¿De Miss Arabella? ¡Qué candoroso! Puesto que todo el mundo supone que yo fuí á su casa, tú puedes haber ido corriendo detrás de mí, es decir, detrás de Soler.

MAR. (Admirado del razonamiento.) ¡Ah!... ¡Comprendo... comprendo!...

FED. (Representando la escena.) ¿Que qué hacía yo en casa de esa *equívoca* señora? ¿Olvidas, querida Hortensia, que me diste el encargo de vigilar al señor Soler? Había logrado escapárseme. Corrí en su persecución...

MAR. (Representando también.) Le seguí hasta la casa...

FED. (Idem.) Pero tú entraste como una furia.

MAR. (Idem.) Y para evitar un escándalo..

FED. Eso es. Y tú alzas el gallo, y te incomodas.. En caso necesario, no te importe romper alguna cosa que tengas á tu alcance.

MAR. Sí, sí... Descuida, romperé algo... Afortunadamente estoy en tu casa..

FED. Sí. (Rectificando.) Digo, no... eso cuando regreséis á Calahorra.

MAR. ¡Parece mentira que á mí no se me haya ocurrido una cosa tan sencilla!

JUANA (Entrando por segunda derecha. A Federico.) ¡Señorito!

FED (Con viveza.) ¿Es el comandante Sanchidrián?

JUANA No Es el peluquero.

FED. Allá voy. (Vase Juana segunda derecha.) ¡Ten aplomo, Marianeda!... ¡Imítame, caramba! ¿Crees que aunque ruja la tormenta yo me asusto? Nada de eso. Ya lo ves. Voy á embellecerme. (Vase por la segunda derecha.)

ESCENA III

MARIANEDA. Después HORTENSIA. Luego SATURNINO

MAR. ¡Cada vez le encuentro más admirable! ¡Si éste se hubiera casado con mi mujer, no estaría yo tan sujeto! ¡Qué pronto se le ha ocurrido!... ¡Y la cosa es muy verosímil!... (Representando la escena.) ¿Lo que yo hacía en casa de esa *equívoca* señora? (Aparece Hortensia por la segunda izquierda. Avanza un poco, deteniéndose al ver gesticular á Marianeda. Este continúa sin verla.) ¿Olvidas, querida Hortensia, que me diste el encargo de vigilar al señor Soler? Había logrado escapárseme... (Continúa gesticulando algunos instantes, y en un momento dado, se vuelve al hacer un movimiento, encontrándose cara á cara con su mujer. Lanzando un grito.) ¡Ah!... (Algo desconcertado.) ¿Estabas ahí?

HORT. Ya lo ves.

MAR. ¿Qué tal has dormido?

HORT. (Con mucha calma.) Toda la noche de un tirón.

MAR. (De un tirón... de mis piernas...) (Como quien toma una resolución.) ¡Señora!...

HORT. (Deteniéndole con el gesto.) Silencio. Es inútil. Nada de explicaciones. Ni las pido ni las quiero.

MAR. Pero mujer, escucha...

HORT. (Siempre muy tranquila.) Esta misma noche regresaremos á Calahorra, y mandaré que te pongan una cama en tu laboratorio. (Gesto de Marianeda.) De hoy en adelante dormirás allí.

MAR. ¡Caracoles!... ¿domir con los microbios hasta el fin de mi vida?... ¡pues me voy á divertir!

HORT. No pretenderás que después de lo ocurrido. .

MAR. (Levantando la voz.) ¿Lo ocurrido? ¿Y qué significa lo ocurrido?... ¿Eres capaz de suponer que si yo estaba en el domicilio de la inglesa?...

HORT. (Que se había distraído.) ¿Qué dices?

MAR. (Me parece que no lo tomo con bastante calor. Y además no empezaba así.)

HORT. ¿Qué dices, hombre?

MAR. (Distraído.) Que no empezaba así.. digo, no. . (Alzando más la voz.) ¿Lo que yo hacía en casa de esa *equívoca* señora?

HORT. (¡Qué gritos!... ¡qué ademanes!...)

MAR. (Ahora estoy á tono... ahora estoy dignísimo.)

HORT. (Se ve la mano de Tortosa.)

MAR. (Continuando.) ¿Lo que yo hacía, eh? Olvidas indudablemente que me diste el encargo de vigilar al señor Soler. Había logrado escapárseme... corrí en su persecución... le seguí hasta la casa para restituírosle... (Ella le mira sonriendo.) Sí, para restituírosle... como el hijo pródigo, (esta frase es mía.)

HORT. (Es incapaz de inventar esto él solo.)

MAR. Pero tú entraste como una furia .. (Gritando mucho.) Sí... ¡como una furia!... (Coge una de las copas que están sobre el velador y la estrella con furia contra el suelo. Hortensia al verlo, hace un ademán como para impedirlo, pero Marianeda, sin gritar y en tono natural añade.) No, tonta, esto no tiene importancia. Federico me ha autorizado... (Reanudando la escena.) Pues sí. (Gritando.) ¡Como una furia!... Entonces, para evitar un escándalo, yo hice ademán de huir...

HORT. (Fingiendo asombro.) ¿Será posible?

MAR. (Con satisfacción.) (¡Se la tragó!... pondré algo de mi cosecha.) ¡Así me pagas la lucha que sostuve!

HORT. ¿Con quién?

MAR. Toma... con Soler.

HORT. Ah, pero... ¿Habías visto á Soler?

MAR. Como te veo á tí. Exactamente igual.

HORT. ¿En casa de la inglesa?

MAR. ¡Es claro! ¡Hace una hora que te lo estoy diciendo!... (¿A que me hago un lío por añadir de mi cosecha?) Quise llevármele á viva fuerza... Nos agarramos... ¡Aquello fué terrible!... Pero yo me porté divinamente.

HORT. ¿Sí, eh?

MAR. Sí, eh. Digo, sí. Le apretaba la garganta. De esta manera. . El se defendió... me administró un puñetazo que me hizo caer al suelo... y cuando me levanté... había desaparecido...

HORT. ¡Lo estaba previendo! ¿Y miss Arabella, qué hacía entretanto?

MAR. ¿Qué hacía, eh?. . (Toma otra copa y la estrella contra el suelo.) Llamar á su madre (Cambiando de tono y con amabilidad.) Ya ves, querida Hortensia, como soy completamente inocente.

HORT. Sí, sí. (Llama al timbre.)

MAR. (Inquieto.) ¿Qué haces?

HORT. ¿No lo ves? Llamar.

MAR. (Muy afectuoso.) ¿Necesitas algo?

HORT. (A Saturnino que aparece en la segunda derecha.) El sombrero y el bastón del señor Marianeda.

SAT. Bien, señora. (Vase.)

MAR. ¿Mi sombrero?... ¿mi bastón?... ¿para qué?

HORT. (Sonriendo.) Has urdido bastante bien esa historia.

MAR. (Con satisfacción ingenua.) ¿Verdad que sí?... (¡Uy!)

HORT. Yo no te pedía explicaciones; tú te has empeñado en dárme'as... bueno. Pero como soy mujer, es decir, curiosa... (A Saturnino que aparece con el sombrero y el bastón de Marianeda.) Gracias. (Saturnino vase. A Marianeda, que la mira absorto, ofreciéndole ambos objetos.) Aquí tienes tu sombrero y tu bastón. (Marianeda los toma

maquinalmente.) Ahora vete á recorrer Madrid en todos sentidos hasta que encuentres al señor Soler.

MAR. Ah... ¿quieres?...

HORT. Quiero oir de sus labios la descripción de esa lucha homérica.

MAR. (Pues señor... estoy tan divertido como antes .. y todo por añadir de mi cosecha... ¿qué necesidad tenía yo de luchar con Soler?)

HORT. Vamos...

MAR. (Si titubeo estoy perdido.)

HORT. Que no vuelvas sin él. (Indicándole la puerta.)

MAR. (Poniéndose de golpe el sombrero y en tono decidido.) Está bien. Si señor. Allá voy... Allá voy, porque veo perfectamente que aun desconfías. sí... tú sospechas .. tú no te fías de mí... tú estás pensando para tus adentros... ¡si lo veo!. . ¡si lo adivino!... pero no... ya te convencerás... yo te probaré.. (Ah... ¡magnífica idea!) No tengas cuidado. Yo te traeré á Soler. ¡Vivo ó muerto! (Medio mutis.) ¡Muerto ó vivo! (Coge un libro ú otro objeto cualquiera que haya sobre el velador y lo tira al suelo, marchándose por la segunda derecha.)

ESCENA IV

HORTENSIA. Después NIEVES. Luego CLARA

HORT. ¿Conque luchando con Soler? Ya verás, maridito mío, ya veras quién soy yo. En cuanto al señor Tortosa que se permite aleccionarte... (Viendo á Nieves que entra por la primera izquierda muy nerviosa.) Nieves...

NIEVES Buenos días, querida Hortensia.

HORT. ¿Cómo has pasado la noche?

NIEVES Paseándome de un extremo al otro de mi alcoba. A eso de las cinco de la madrugada, rendida y no pudiendo ya más, me eché un rato (Furiosa.) Y he soñado con Lucrecia Leganitos.

HORT. Yo con Miss Arabella.

NIEVES Cuando pienso que mi marido ha tenido el descaro de hacerme arrodillar delante de él...

HORT. A mí me exaspera menos la idea de ser engañada que la de quererme hacer pasar la plaza de simple. (Entra Clara por la segunda derecha.)

NIEVES Mamá...

CLARA (Abrazándola.) ¡Hija mía!... ¡Pobrecita!... ¡Infortunada martir! ¡Juguete de un estufista!

NIEVES (Sollozando.) ¡Esos eran los caloríferos para Canarias!

CLARA Desahógate, hijita, desahógate. El seno de una madre se ha hecho para los desahogos. ¡Vaya un par de maridos que tenéis!

HORT. Un par de desahogados.

NIEVES Mamá, te lo ruego, no me hables más de mi marido. Ya no hay nada de común entre ese señor y yo.

CLARA ¡Qué feliz me hacen tus palabras! Pero mi alegría no será completa, hasta que el comandante Sanchidrián le quite de en medio para siempre. (Hace ademán de tirarse á fondo con una espada.)

ESCENA V

DICHAS, SATURNINO, SANCHIDRIÁN

SAT. (Por la segunda derecha.) Mi coronela. El comandante Sanchidrián.

LAS TRES ¡Sanchidrián!

SAT. Desea hablar con el señor, pero como mi coronela me ha prohibido dirigirle la palabra...

CLARA Y mantengo la prohibición. Dí que pase al comandante.

SAT. (Simulando hablar con alguien dentro.) Mi comandante. Pase usted. (Entra Sanchidrián. Saturnino vase.)

CLARA Adelante, Sanchidrián.

SANCH. (Con ansiedad.) Mi coronela... señoras... ¿Y el señor Tortosa?... ¿dónde está el señor Tortosa?

HORT. ¿Quiere usted hablarle?

CLARA ¿Respecto al desafío que tienen ustedes pendiente?

SANCH Sí señora Respecto al desafío. Vengo á presentarle mis excusas.

CLARA (Asombrada) ¿Excusas?...

SANCH. ¿No era él, quien me dió la bofetada en casa de Lucrecia?

HORT. ¿Cómo?

NIEVES ¿No era él?

SANCH. Verán ustedes. Ayer, después de abofetear al señor Tortosa, escribí al señor Soler para que me sirviese de testigo... Ya le conocen ustedes. Bienvenido Soler... el novio de Rigoberta... ¡valiente truhán!

CLARA Sí sí.

SANCH. (Cambiando de tono y con pena.) ¡Pobre Rigoberta!... (Sacando una carta del bolsillo.) Y vean ustedes la carta que acabo de recibir. (Leyendo.) «Mi comandante. No acuse usted por más tiempo al señor Tortosa, pues soy yo quien tuvo el honor de cruzar su apreciable cara en casa de Lucrecia.» (Estrujando la carta con cólera.) ¡Cada vez que lo pienso!... (Prosiguiendo la lectura.) «Aprovechándome cobardemente, de mi parecido con el señor Tortosa...» (Interrumpiendo la lectura.) Segun mis noticias, la semejanza es increíble... (Continuando.) «me hice pasar por él en mis amores con la citada joven.»

NIEVES ¡Ya!. .

SANCH. (Leyendo.) «Pero la hora de las responsabilidades ha sonado, y no quiero que un inocente pague por el culpable. Usted comprenderá que después de esta confesión no soy digno de aspirar á la mano de Rigoberta.»

HORT. (¡Admirable!)

SANCH. (Leyendo.) «Horrorizado de todo el mal que he hecho, sólo me resta advertir que no se culpe á nadie de mi muerte, pues á la hora en que reciba usted esta, ya me habré hecho justicia.»

HORT. (¡Qué pillo!)

SANCH (Leyendo la firma.) «Bienvenido Soler.»
CLARA ¿Se ha matado el señor Soler?
NIEVES ¿Y entonces mi marido es inocente?
HORT. (¡Pero qué tuno!)
SANCH. (Con rabia, estrujando la carta) ¡Mil millones de terremotos! ¡Ha hecho bien en saltarse la tapa de los sesos, porque si no yo.. (Entra Marianeda por la segunda derecha, con la corbata deshecha, el traje en desorden y el sombrero apabullado.)

ESCENA VI

DICHOS y MARIANEDA

CLARA Caramba, señor Marianeda. ¿De dónde viene usted así? ¿Qué le ha pasado?
MAR. Acabo de dejar al señor Soler hace un instante.
NIEVES (Asombrada.) ¿Eh?
CLARA Pero...
SANCH. (Sobresaltado.) ¿Qué ha dicho?
MAR. (Levantando la voz.) Que acabo de dejar hace un instante al señor Soler. ¿Se han enterado ustedes?
SANCH. ¿Soler? ¿Bienvenido Soler?
MAR. Sí, hombre. El mismo Soler de Barcelona... peines, calcetines, violines... y todo eso.
HORT. (Conteniéndose para no reir.) (Este lo estropea.)
NIEVES (A Hortensia.) Luego... ¿no ha muerto?
HORT. (A Nieves.) (¡Chst!... ¡cállate!)
MAR. Apenas pisé la calle cuando le ví... á unos diez metros de distancia... aprieto el paso... salto sobre él, gritando, ¡ah, esta vez no te escapas!... se defiende... luchamos... ¡qué lucha tan encarnizada!
HORT. (Con risa comprimida.) Como ayer...
MAR. Más que ayer... Le explico lo delicado de mi situación... sin dejar de luchar, naturalmente...
HORT. ¿Y á pesar de todo no le has traído?
MAR. Hija mía, porque es más fuerte que yo. Me puede. Todo lo que he conseguido, es que

me escribiera esta carta... (Sacando una carta.) apresuradamente en un café.

HORT. Dámela (La toma)

MAR. (Fué el mozo quien la escribió.)

SANCH. (Con furia.) ¿Es decir, que se ha burlado de nosotros?

MAR. (Con satisfacción.) (Y ahora que diga Federico que no sirvo para inventar nada.)

HORT. (Leyendo.) «Señora doña Nieves. Nunca quise certificar verbalmente sobre la inocencia del señor Tortosa, pero viéndome obligado á marchar á Barcelona. .»

CLARA
SANCH. } ¡A Barcelona!

MAR. Eso es. A Barcelona. Irá por género... digo yo.

HORT. (Leyendo.) «Llamado por mi mujer que está enferma...»

NIEVES ¿Su mujer? ..

MAR. Ah, sí... no va por género... ya no recordaba que su mujer...

HORT. (Leyendo.) «Y por mis once hijos...»

SANCH. ¡Once hijos!... ¡tiene once hijos!...

MAR. (He puesto tantos hijos para que sea más verosímil.)

HORT. (Leyendo.) «Aplazo esta cuestión para cuando regrese. Bienvenido Soler.»

SANCH. ¡Bien, hombre!... Me escribe diciendo que se mata, y sale para Barcelona.

MAR. (Azorado.) ¿Eh?... Le ha escrito á usted Soler?

HORT. (Conteniendo la risa.) Sí. Lea usted, comandante, lea usted.

SANCH. (Leyendo.) «...No se acuse á nadie de mi muerte. A la hora en que reciba usted ésta, ya me habré hecho justicia.»

MAR. (¡Córcholis! ¡El pararrayos de Federico!)

SANCH. (Exasperado.) ¡Ah!... es casado, tiene un escuadrón de hijos y hacía el amor á Rigoberta.

CLARA ¡Pero ese hombre es un turco!

MAR. (Rigoberta... no había yo contado... ¿á que he metido *otra* pata?)

HORT. (Viendo la turbación de su marido.) (¡Pobre Marianeda!)

SANCH. Yo necesito la piel de ese hombre... y la de los once hijos.

MAR. (Será para poner una peletería.)

SANCH. ¿A qué hora sale el tren para Barcelona?

MAR. (¡Ay, si se fuera!) Yo no sé... pero creo que pronto. No pierda usted tiempo: si se da usted prisita...

SANCH. Está bien. (A Marianeda.) Vamos.

MAR. (Asustado.) ¿A dónde?

SANCH. A la estación del Mediodía.

MAR. ¿Para qué?

SANCH. (Cogiéndole de la solapa.) No le abandono á usted hasta que hayamos encontrado á Soler.

HORT. Sí, sí, comandante. Yo se lo ruego. (A Marianeda.) Ahora estoy más interesada que nunca en que le traigais.

MAR. (Si titubeo estoy perdido.) (Con aire resuelto, á Hortensia.) Bueno. Pues allá voy... sí... allá voy... porque veo perfectamente que aún desconfías... Sí, tú sospechas... tú no te fías de mí... tú estás pensando para tus adentros... ¡si lo adivino!... ¡si lo veo!... ¡si lo comprendo!... ¡si lo...!

SANCH. (Excitado, á Marianeda.) ¿Quiere usted acabar, con mil demonios, de ocuparse de sus asuntos domésticos?

MAR. Hombre... no se acalore usted... yo...

SANCH. (Empujándole hacia la segunda derecha.) ¡Andando!

MAR. (¡Y no poder avisar á Federico!)

SANCH. ¡Le voy á arrancar la piel!

MAR. Y yo tambien. Nos la repartiremos. (Vanse ambos por la segunda derecha.)

ESCENA VII

DICHOS, menos SANCHIDRIAN; luego JUANA. Apenas salen Marianeda y Sanchidrián, Hortensia empieza á reirse á carcajadas. Nieves y Clara se miran asombradas

CLARA Pero Hortensia .. la ocasión no me parece á propósito...

NIEVES Mujer, ¿qué significa?...

HORT. Esto significa que también mi marido quie-

re hacer de Soler; pero con la misma destreza con que un elefante tocaría la guitarra.

NIEVES ¿De Soler?

HORT. Sí. Y desde este momento tu causa es la mía, porque al desenmascarar á Marianeda, desenmascaro igualmente á Federico.

NIEVES ¿De modo que tú sigues creyendo que mi marido y Soler son una misma persona?

HORT. Y un solo pillo verdadero. Estoy segura. ¿No comprendes que al cargar á Lucrecia en la cuenta del señor Soler, y al enviar á éste al otro mundo, se deshace al mismo tiempo del comandante y de Rigoberta?

NIEVES Pasando además por inocente á mis ojos... sí, sí...

CLARA Tiene razón.

HORT. Y sin el zopenco de mi esposo, que ha venido á echarlo todo por tierra... Hay que reconocer que la comedia estaba divinamente representada y que es de primera fuerza.

NIEVES ¡Qué tonta he sido!... ¡qué bobalicona! ¿Pero cómo le haríamos confesar?

CLARA Se me ocurre un medio.

HORT. ¿Cuál?

CLARA Ahogarle... yo me comprometo...

HORT. Entonces, ¿qué iba á confesar? No, no. Con un hombre de su temple, sólo la astucia... el ingenio...

NIEVES Busca por Dios, Hortensia, busca en el repertorio. ¿Cómo le obligaría un autor dramático á declararse culpable?

HORT. ¿Cómo?... pues.... aguarda... (Lanzando una exclamación.) ¡Ah!... ¡ya le tengo!... sí, sí... es lo mejor...

NIEVES ¿Se te ha ocurrido?

HORT. Un medio infalible. Haz que venga Juana. (Nieves apresuradamente toca el timbre varias veces.) Anda pronto. Tenemos contados los minutos.

NIEVES (Llama de nuevo al timbre y después grita en la segunda derecha.) ¡Juana!...

HORT. ¡Ahora veremos, querido Tortosa!

JUANA (Por la segunda derecha.) ¿Llama la señora?

HORT. Soy yo quien te necesita. Oyeme bien. Cuan-

do el señor Tortosa te pregunte si ha venido el comandante Sanchidrián, tú respondes que no. ¿Has comprendido?

JUANA Sí, señora.

HORT. Nada más. (Vase Juana.)

NIEVES Ahora explícanos...

CLARA Veamos el plan.

HORT. Pues... (Voz de Tortosa dentro.)

NIEVES (Mirando en la segunda derecha.) ¡La voz de Federico!...

HORT. Pronto... ¡á mi cuarto!... allí explicaré todo en dos palabras...

CLARA (¡Esta mujer qué bien mandaría un escuadrón!) (Vanse las tres por la segunda izquierda.)

ESCENA VIII

JUANA. Después FEDERICO

JUANA (Por la segunda derecha con varios periódicos en la mano.) Yo no sé qué ocurre hoy en esta casa. Parece que todos están locos. (Deja los periódicos sobre el velador.)

FED. (Por la segunda derecha.) ¡Ah!... Juana... ¿son los periódicos?

JUANA Sí, señor. (Federico toma uno. Medio mutis de Juana.)

FED. Oye. ¿No ha venido todavía el comandante Sanchidrián?

JUANA No, señorito. (¿Por qué no querrán que lo sepa?)

FED. Está bien. Ya sabes lo que te dije antes. Así que venga...

JUANA Le avisaré á usted. (Vase por la segunda derecha.)

ESCENA IX

FEDERICO. Después NIEVES

FED. (Consultando su reloj). Pues señor, me extraña muchísimo... El comandante debía haber llegado ya para darme todo género de ex-

plicaciones... En fin... ¿quién sabe?... es posible que el cartero haya llegado con retraso. Tendremos paciencia. (Se sienta y desplega el periódico.) ¡Qué digno y qué majestuoso voy á estar cuando mi mujer se arroje á mis plantas para implorar nuevamente perdón! Lo que es esta vez la dejo arrodillada diez minutos, ó veinte minutos. . no, una hora, que es cifra redonda. Eso la enseñará á no hacerme pasar la noche en la dulce compañía del candoroso Marianeda. Y apropósito, ¿qué habrá sido de Marianeda?... Vamos á ver qué hay de nuevo (Leyendo.) «Infidelidad conyugal.» «Sorpresa de un marido.» ¡Caracoles!... (Viendo entrar á Nieves por la segunda izquierda.) ¡Ella! .. ¡lo siento! Llega demasiado pronto. (Nieves entra cantando alegremente un trozo cualquiera de zarzuela. Hace como si no hubiera visto á Federico, se acerca primero á la chimenea, después al velador fingiendo buscar alguna cosa.)

FED. (Mirando con asombro la alegría y desenvoltura de Nieves.) (¡Y viene cantando como una alondra!... ¡yo que la suponía desesperada!... ¡caramba!... ¡esto mortifica!)

NIEVES Donde habré puesto yo el dedal... el dedal... el dedal... el dedal... (Al ir buscando se acerca á Federico, quedando frente á él.) ¡Calla!... ¿Estabas ahí, Federiquito?

FED. (Asombrado.) (¿Federiquito?)

NIEVES Oye, monín, ¿no has visto mi dedal?

FED. (Cada vez más asombrado.) No... (¿qué es esto?)

NIEVES Dime, ¿almuerzas hoy con nosotros?

FED. (Sin saber qué cara poner.) Sí... hoy... sí... almuerzo...

NIEVES (Viendo su perplejidad) ¿Pero que te pasa, tontín? ¡Me miras embobado!... Vaya, ¿á qué resulta qué estás todavía serio? No seas rencoroso. ¿Para eso hemos hecho las paces?

FED. ¿Las paces?

NIEVES (Alegremente.) Sí, hombre. Abrázame.

FED. ¿Que te abrace?

NIEVES (Abriendo los brazos.) ¡Anda!...

FED. (Abrazándola un poco tímidamente.) (¡Esto es incomprensible!.. ¿estaré soñando?...)

NIEVES Más fuerte... más... (Federido la abraza más fuerte.) ¡Aprieta sin miedo!... así... vamos, no está mal... (Bajando los ojos ruborizada.) Pero anoche me abrazabas con más cariño...

FED. ¿Cómo?... ¿qué... qué dices?...

NIEVES Que anoche me abrazabas con más cariño.

FED. ¿Yo?... ¿que yo te abrazaba anoche?... ¿Yo?

NIEVES ¡Claro!... después de haber hecho las paces. ¿Qué te sucede?... ¿No te acuerdas ya?

FED. (Que empieza á alarmarse.) De nada. No me acuerdo ya de nada.

NIEVES ¡Vamos, Federico!... (Mortificada.) No pretenderás exigirme que yo te recuerde...

FED. Sí, sí, Nieves... ¡te lo ruego!... ¡recuérdamelo!... ¡te lo suplico!...

NIEVES Bueno, pues... anoche... á eso de la una...

FED. (Ansioso.) ¿A eso de la una?

NIEVES Llamaste á mi puerta.

FED. ¿Yo?

NIEVES Tú Al principio no quise abrirte... estaba furiosa contigo por lo de Lucrecia...

FED. (Con ansiedad.) ¿Y después?... ¿Y después?...

NIEVES Después... seguiste llamando... tan, tan, tan. Luego me dijiste cosas tan tiernas entre cada tan, tan, tan... tu voz me parecía tan dulce... tan llena de sincero arrepentimiento... tan... tan...

FED. (Con voz ahogada.) Sí, tan, tan, tan; pero sigue, ¿y después?

NIEVES Sentí mucha lástima... me levanté sin ruido... descorrí el cerrojo... entraste...

FED. ¿De modo que entré?... ¡Ay Dios mío!... sigue...

NIEVES Nos sentamos en el sofá. Me diste un abrazo...

FED. (Sofocado.) Basta, basta, Nieves... no sigas. Dime que tu has soñado... ó que sueño yo ahora...

NIEVES ¿Soñado... yo? ¿y por qué? ¿quieres explicarme?

FED. ¡Me voy á volver loco!

NIEVES (Asustada.) ¡Ay, Federico... ¿qué te pasa?..

FED. Pero tú no comprendes, desdichada, que no fuí yo quien estuvo anoche haciendo tan, tan, tan, en tu puerta?

NIEVES (Fingiendo asombro.) ¿No?...

FED. Ni fuí yo quien se sentó en el sofá, ni fuí yo quien te dió un abrazo...

NIEVES ¡Ay, Virgen Santísima!

FED. Yo he pasado la noche roncando en esa butaca.

NIEVES (Asustada.) ¿Pues entonces?...

FED. (Lanzando un grito.) ¡Ah! .. ¡es Leonardo!

NIEVES ¿Leonardo?

FED. ¡Sí!... ¡ese infame!... se habrá aprovechado de la oscuridad...

NIEVES ¿De la oscuridad?... pero si encendiste todas las luces!...

FED. (Estupefacto.) ¿Todas las luces?... ¿Y tú me has visto á mí? ¿Tú me has visto?

NIEVES ¡Naturalmente! Igual que te veo ahora.

FED. Entonces... ¿es que soy yo sonámbulo?

NIEVES Eso sí que no. Los sonámbulos duermen, y tú no estabas dormido, ni mucho menos. (Lanzando de pronto un grito, como asaltada por una sospecha.) ¡Ay!... ¡qué sospecha!...

FED. ¿Cuál?

NIEVES (Retorciéndose las manos con un terror loco y paseándose por la escena con agitación.) ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, madre mía!.. ¡Ay, Virgen de las Angustias!

FED. ¡Nieves!

NIEVES Sí... eso debe ser... ¡ah!... ¡sería terrible!... ¡sería espantoso! .. ¡sería criminal!... ¡sería villano!...

FED. ¿Pero qué? .. habla.

NIEVES ¡Soler! (Dejándose caer sobre una silla, muy abatida.)

FED. ¿Soler?... (¿Qué enredo es este?) (Queda un momento estupefacto. Después mira á su mujer, que permanece anonadada en su asiento. Mientras tanto entra Sanchidrián por la segunda derecha.)

ESCENA X

DICHOS, SANCHIDRIÁN

SANCH. (Entrando.) No sale ningún tren hasta la cuatro y media...

FED. (¡El comandante!)

NIEVES (Levantándose al ver á Sanchidrián.) (Este lo va á echar todo á perder.)

SANCH. (Viendo á Federico.) ¡Hombre, señor Tortosa! ¡Gracias á Dios! Tengo un placer muy grande en presentarle mis excusas, y en retirar noblemente la bofetada que le adjudiqué... sí, sí, es un deber sagrado. No era á usted á quien me dirigía. Además, vengo á rogar á usted que me sirva de testigo...

FED. ¿De testigo? ¿Con quién va usted á batirse?

SANCH. Con Soler.

FED. (Asombrado.) ¿Con Soler?

SANCH. Sí. Estoy enterado de todo. El miserable me ha escrito diciendo que se mataba.

FED. Pues entonces...

SANCH. Es que después ha escrito otra carta.

FED. ¿Otra?

SANCH. En la que dice que sale para Barcelona.

FED. ¿Soler?

SANCH. Soler, sí señor. Pero yo le arrancaré la piel, aunque tuviera que ir á buscarle á los infiernos.

FED. (Atontado.) Dispense, comandante... dispense. ¿Dice usted que Soler sale para Barcelona?

SANCH. Llamado por su mujer.

FED. ¿Qué mujer?

SANCH. Porque es casado.

FED. ¿Sí?

SANCH. Y tiene once hijos.

FED. ¿Once hijos?... ¿Soler?...

SANCH. Sí, hombre, Soler. ¡Parece usted tonto! Y cuando pienso que si otras personas no le llegan á encontrar y me lo dicen...

FED. (Estupefacto.) ¿Qué, le han encontrado?

SANCH. Hace un cuarto de hora. En la esquina de esta calle.

FED. ¿A Soler?

SANCH. ¡Dale!... á Soler.

NIEVES (Pues resulta que nos está ayudando.)

FED. (Cada vez más enloquecido.) (Yo no sé... yo me pongo malo...)

SANCH. Quedamos en que cuento con usted, ¿verdad?... Voy en seguida al Círculo Militar á buscar un segundo. Hasta ahora. (Vase por la segunda derecha.)

ESCENA XI

FEDERICO y NIEVES; después HORTENSIA y CLARA

FED. (Completamente anonadado.) ¡Nieves!

NIEVES ¡Federico!

FED. ¡Ya no se puede dudar!

NIEVES (Suspirando.) ¡Ay!

FED. ¿Le han encontrado?

NIEVES ¡Ya lo ves! (Clara y Hortensia entran por la segunda izquierda, sin ser vistas por Federico.)

FED. (Con desesperación.) ¡Tiene mujer! ¡y once hijos! .. ¡Y esta noche!... ¡esta noche!...

NIEVES (Avergonzada.) ¡Calla, calla!

FED. (Furioso.) ¡Pero entonces!... ¿Soler existía? Yo no le había inventado... ha dado la casualidad.

CLARA Por fin.
HORT. Vencimos. } (A un tiempo.)
NIEVES Confesó.

FED. (Volviéndose sorprendido.) ¿Eh?

HORT. ¡Lo ha confesado!

FED. (Aterrorizado.) ¡Era una emboscada!...

NIEVES Sí, era una emboscada; Soler no existe y tú has sido el que lo inventó. Pero á comedia, comedia y media. Ahora ya sé todo lo que quería saber.

FED. ¡Nieves!

NIEVES No, no. Basta de Nieves. Se acabó la cándida Nieves que creía á usted incapaz de bur-

larse de ella hasta ese punto. Se acabó, se acabó para siempre. Adiós, caballero. Sé muy bien lo que tengo que hacer. (Vase por la primera izquierda.)

FED. ¡Pero Nieves!...

CLARA (Severamente.) Sabemos muy bien lo que tenemos que hacer. (Vase siguiendo á Nieves.)

FED. (Cayendo sobre una silla.) ¡Me he lucido!

ESCENA XII

FEDERICO y HORTENSIA

HORT. Vamos, cálmese usted.

FED. Muy bien, señora. Estará usted satisfecha. Me ha derrotado usted en toda la línea.

HORT. Es cierto. La provinciana de Calahorra podrá enorgullecerse de haber obtenido la victoria sobre un madrileño como usted, tan fértil en invenciones, tan conocedor de todas las trapisondas...

FED. Dulcifique los calificativos.

HORT. La culpa es suya, por haberme desafiado. No se debe desafiar á una mujer. Y también hizo usted mal en aconsejar al tonto de mi marido.

FED. En resumen. Usted ha satisfecho su amor propio, pero á costa de mi felicidad. Nieves no perdonará nunca.

HORT. ¿Por qué no?... ¡Ya lo creo!... Si usted la promete ser más juicioso y no resucitar á ese simpático señor Soler, que ha matado usted tan cruelmente... Las mujeres tenemos tesoros de bondad, y basta á veces una palabra.. (¡Pobre muchacho!) (Saliendo por la primera izquierda.) (¡Ea! Trataremos ahora de conseguir que hagan las paces.) (Vase.)

ESCENA XIII

FEDERICO. Después SANCHIDRIAN. Luego MARIANEDA

FED. La conozco. Es inútil esperar perdón. No me queda otro recurso que marcharme.

SANCH. (Entrando por segunda derecha.) No voy al Círculo. He pensado que Marianeda nos podía servir...

FED. (Furioso.) Vaya, se acabó. Déjeme usted en paz. Ya lo he confesado todo, ¿oye usted?... ¡Basta de líos!

SANCH. ¿Qué? (Aparece Marianeda por segunda derecha.)

FED. ¡Soler, soy yo!... ¡Soy yo!... ¡Soy yo!

SANCH. (Asombrado.) ¿Usted?

MAR. (Que se oculta detrás del piano.) (¿Qué dice?)

SANCH. ¿Pero usted no es el señor Tortosa?

FED. (Incomodado.) Sí. Y también Soler. Soler es Tortosa y Tortosa es Soler.

SANCH. Pero...

FED. Hemos concluído. Estoy á su disposición. Usted tendrá mi piel, pero yo tendré la de usted, que es mayor, y salgo ganando.

SANCH. ¡Maldito si comprendo! ¡Me va usted á volver loco!

FED. Y usted á mí.

SANCH. ¡Basta! Voy á buscar testigos.

FED. Sí. Haga usted el favor.

SANCH. (Saliendo por la segunda derecha.) ¿Soler es Tortosa?... ¿Tortosa es Soler?...

MAR. (Saliendo de su escondite.) ¿Qué has hecho, desgraciado?

FED. ¡Ah!... ¿eres tú?... Nuestras mujeres lo saben todo.

MAR. ¡Caspitina!

FED. Me he dejado vencer como un imbécil.

MAR. ¡Recaspitina!

FED. Y ahora mismo me marcho de esta casa. (Vase por la segunda izquierda.)

MAR. ¡Anda!... y yo que le había contado á mi mujer... (Se oye la voz de Nieves.) ¡Ella!.. (Se oculta precipitadamente detrás del piano.)

ESCENA XIV

MARIANEDA, HORTENSIA y NIEVES

NIEVES (Por la primera izquierda seguida de Hortensia.) Nada, no insistas. Mi resolución está tomada, y es irrevocable.

HORT. Mira, Nieves, considera...

NIEVES Una vez divorciada, me iré á vivir con mamá y...

HORT. No. Nada de divorcio. Tú le perdonarás. Nuestro deber es perdonar. ¡Si todas las mujeres engañadas nos divorciáramos...

NIEVES (Con ironía.) ¿Entonces tú perdonarás á Marianeda?

HORT. Es claro que sí.

MAR. (¡Olé, olé!.. ¡si lo sé antes me aprevecho!)

NIEVES Porque tú le querrás aún; pero yo odio á Federico. (Con rabia.) ¡Sí! ¡Le odio, le odio, le odio! (Se sienta.)

HORT. (Sonriendo.) Lo repites demasiado, para que sea sincero. Estoy segura de que sigues queriéndole.

NIEVES No. Te digo que no.

MAR. (Aquí de mi habilidad.) (Vase disimuladamente por la segunda izquierda.)

HORT. Y si quisieras tomarte el trabajo de leer en el fondo de tu corazón...

MAR. (Sale corriendo por segunda izquierda como un hombre presa de gran emoción.) ¡Ay, qué catástrofe!... ¡qué catástrofe!...

NIEVES (Levantándose.) ¿Eh?... ¿qué pasa?

MAR. (Con voz sofocada.) Federico... ¡ah!... ¡es horrible! ¡espantoso!

HORT. (Asustada.) Acaba..

MAR. Sí, eso es... acaba de arrojarse por un balcón á la calle.

NIEVES (Lanzando un fuerte grito.) ¡Ah! (Se dirige corriendo hacia el mirador. Hortensia, lanzando otro grito, corre tras ella.)

MAR. (A Nieves.) ¿Lo ve usted como le ama todavía?

HORT. (Deteniéndose.) ¿Pero no es cierto?

NIEVES ¿No era verdad? (Sale Federico por la segunda izquierda con una maceta en la mano. Leva un gabán claro y amplio de viaje, de los llamados cubre-polvo, que oculta todo su traje, y el sombrero puesto.) ¡Federico! (Se abraza á su cuello) Tenía razón Hortensia... te perdono.

HORT. (A Marianeda.) ¿Y á tí sólo se te ha ocurrido este ardid?

MAR. (Con orgullo.) Completamente sólo. Sin el repertorio. (Se estrechan las manos afectuosamente.)

ESCENA XV

DICHOS, SANCHIDRIAN. Luego CLARA

SANCH. (Por la segunda derecha) He encontrado en la calle á unos compañeros que consienten en apadrinarme.

FED. (A Hortensia) ¡Y yo que le he confesado todo hace un instante!

NIEVES ¿Eh?

HORT. Déjeme usted á mí.

SANCH. (A Federico.) ¿Tiene usted padrinos?

HORT. (Interponiéndose.) Dispense usted, comandante, esta usted incurriendo en una equivocación, muy natural después de todo.

SANCH. ¿Por qué?

HORT. Porque este señor (Indicando á Federico.) no es el que usted vió aquí hace un momento. El que estaba aquí era el señor Soler. Este caballero es el señor Tortosa que, como ve usted, acaba de llegar de un corto viaje.

FED. Así es, amigo mío.

NIEVES Efectivamente.

MAR. Yo lo certifico, como médico y bacteriólogo.

SANCH. ¿Pero Soler no es Tortosa? ¿Tortosa no es Soler?

TODOS No señor.

HORT. Esa es una nueva estratagema inventada por ese infame de Soler.

SANCH. ¿Es decir que se ha vuelto á escapar? La verdad es que cada vez lo entiendo menos.

Pero no importa. Yo le encontraré. Aunque tenga que consagrar para ello todo el resto de mi vida.

CLARA (Entrando por primera izquierda con una maleta en la mano. Ya estoy preparada. ¿Y tú? (A Nieves.)

NIEVES Yo no, mamá.

CLARA ¿Por qué?

NIEVES Porque me quedo con mi esposo.

CLARA Entonces me vuelvo sola á Sevilla.

FED. (Eso voy ganando.)

MAR. (A Federico.) (Conque, amiguito. Conste que hemos quedado á la misma altura. Ya no puedes engañar más á tu mujer. (Sentenciosamente.) El repertorio..

FED. (No me hables más de teatro, querido Leopoldo. Al primer estreno que asista... iré de reventador.

(Al público.)

No hagas lo mismo, público clemente.
Y si fué de tu agrado esta humorada,
espero ya impaciente
que me otorgues la clásica palmada. (Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE JOAQUÍN ABATI

Entre Doctores.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Azucena.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original

Ciertos son los toros.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Condenado en costas.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

El otro Mundo.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original. (1)

Doña Juanita.—Comedia en dos actos, en prosa. (2)

Los niños.—Comedia en dos actos, en prosa. (2)

La conquista de Méjico.—Comedia en un acto y en prosa, original.

Los litigantes.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Causa criminal—Monólogo en prosa, original.

La enredadera.—Juguete cómico en un acto y dos cuadros, en prosa, original.

De la China.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original. (3)

Los besugos.—Sainete lírico en un acto y seis cuadros, en prosa y verso, original. (3)

Los amarillos—Zarzuela cómica en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa. (2)

El tesoro del estómago.—Caricatura en un acto y tres cuadros. (3)

Lucha de clases.—Zarzuela en un acto y tres cuadros. (4)

Las Venecianas.—Zarzuela en un acto y tres cuadros (la música) (5)

La buena crianza ó tratado de urbanidad.—Monólogo cómico, original, en prosa.

Tierra por medio.—Zarzuela en un acto. (4)

El Código penal.—Zarzuela cómica en un acto, dividido en cinco cuadros, en prosa. (6)

Tortosa y Soler.—Comedia en tres actos y en prosa. (7)

---

(1) En colaboración con Don Carlos Arniches.
(2) Idem con Don Francisco Flores García.
(3) Idem con Don Emilio Mario (hijo.)
(4) Idem con Don Sinesio Delgado.
(5) Idem con Don Enrique García Alvarez.
(6) Idem con Don Eusebio Sierra.
(7) Idem con Don Federico Reparaz.